

# BRECHA

AÑO 2      ARTES      FEBRERO DE 1958      LETRAS      No. 6

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loría — Teléfono 5640 - Apartado 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO. Rubén Darío — Precio: 1 colón

## Lo abstracto; y después, ¿qué?

por Arturo Echeverría Loría

Toda arte lleva implícita en sí misma su decadencia, su deshacerse para llegar al polvo. Es vital su impulso y vital también es su muerte. Una muerte "agónica", unamunesca?

Se muere para renacer pujante y contradictoria. Porque el arte es principio y fin de una contradicción. De un germinar, de la vida en plenitud.

Estamos frente a una forma que nace. La pintura no figurativa tiene como todo sus orígenes perdidos en la vida misma del hombre. Ninguna cosa llega por generación espontánea. Todo tiene su devenir en la pasión, en la lucha del hombre con su pobre condición de ser pensante.

Después que Picasso llevó la pintura a tan dilatados mundos; que sumergió su pincel y su lápiz en las formas mismas que se escondían en las raíces del ser y descompuso la figura en planos sobrepuestos y transformó la concepción clásica de las artes plásticas, nadie se atrevía a ir más lejos: o se imitaba a Picasso como se imitaba en la academia a los clásicos o se hacían nuevas búsquedas estéticas que conducirían primero al caos, para luego ordenarlo en formas abstractas de pintura y escultura no figurativa con la utilización



"Las explosiones de angustia en la obra de Hans Hasiung".

de nuevos elementos plásticos y pictóricos que la industrialización y tecnificación del mundo han traído a la compleja vida del hombre. El átomo, la bomba de hidrógeno, los materiales plásticos; todos, en su valorización como elementos no sólo de muerte sino de vida y de nuevas con-

cepciones estéticas. Vamos acercándonos a la sencillez del origen de las cosas? Vamos estilizando nuestra búsqueda hasta la raíz? Es muy posible que así sea. Se quiere llegar a lo descarnado y puro en las artes plásticas, quitar oropeles, borrar convencionalismos, retornar a las aguas

bautismales? Ese es el sentido de la búsqueda de lo abstracto, de lo no figurativo. ¿Puede en verdad borrarse la pasión, la huella del hombre en ese trance de crear? Puede en realidad crearse una nueva forma que responda a una audaz y nueva concepción artística, sin tocar las fibras sentimentales, la amorosa, la pasión, el odio? Puede el río dejar de evocar el mar que es su futuro, su muerte? No nos atrevemos a ir más lejos, para responder que es atrevida la premisa que tiene por asiento este arte no figurativo. Esa es su búsqueda y su fundamento está en el cubismo, y es la protesta de la nueva pintura contra lo que hasta ahora se creía, inviolable y único, lo representativo lo formal en arte. Enseñar a "ver" es una cuestión estética. A "ver" abstractamente sin contaminaciones sentimentales, sin pasado, a comprender la forma en sí, por la forma y sus valores propios.

Lo sincero que hay en ese movimiento es la plenitud de creación que contiene, el querer ir más allá de lo hecho. Traspasar las fronteras estéticas convencionales; pasar el cubismo y el surrealismo, y aún más lejos, ir a donde muy pocos han llegado.

Pero, ¿se está haciendo pintura o se está forzando el ca-

mino hacia otra arte nueva, todavía entre la nebulosa de la escuela que lo impulsa? ¿Es este un movimiento de evasión o un querer afianzarse en la vida artística?

Un interrogante se abre al entendimiento; casi nada más que una pregunta a medias, a veces creeríamos que no tiene sentido. Tiene sentido la vida? A veces es hondamente sentida y recobra su profundo sabor a tierra amarga, el no querer irse, el no quererse quedar en la orilla del camino.

Es también en poesía que vemos este raro fenómeno de una generación que empuja a la otra, la desconoce, la niega. ¿Pero es la negación constructiva? Creemos que siempre entre la negación y lo negado, existe lo que fue, está presente lo que quiere olvidarse o transformarse.

Reconocemos la importancia de lo nuevo. Estamos ligados a su condición de lucha contra lo anquilosado, contra lo que decae y muere. Porque ya la muerte está presente en lo que viene. El porvenir señala nuevos rumbos y caminos que hay que seguir, que hay que transitar, y si no se siguen, si se ignoran, el manto de una noche sin despertar cubriría la plenitud creadora del hombre.

Pero llegamos a la conclusión que detrás de todo acto abstracto de arte no figurativa, como de la figurativa en pintura o en cualesquiera otra forma, está el hombre. Pozo invencible de sufrimientos y angustias, raíz de alegrías y de tragedias, inteligencia que lleva insatisfechos afanes de creación hasta las mismas manos de Dios. Y es por eso que en plena conciencia de su triunfo o de su derrota, el hombre busca ir más allá, a donde no ha llegado todavía el reflejo de su mente, ahí, en esas regiones, pone ya su destino. Su acto creador es y será siempre su afirmación más rotunda de su condición de mortal, de llevar en sí mismo, ensimismado, el rostro de la vida y de la muerte.

Esa es la verdad de la "nueva forma" que implica un nuevo pensamiento, como dice Malreaux en su "Museo Imaginario", "El arte nace precisamente de la fascinación de lo inalcanzable, del rechazo de la copia de espectáculos; de la voluntad de arrancar las formas al mundo que el hombre padece para hacerlas

entrar en el mundo que él gobierna. El artista presiente los límites de esta incierta posesión, pero su vocación están vinculada, en su origen y después cada vez con menos intensidad, al sentimiento violento de una aventura . . ."

En la búsqueda está la aventura precisamente, después la conciencia de la aventura forma su mundo creador y sirve de base

firme para su trabajo; de impulso a su imaginación.

Qué sería del arte sin esa aventura y esa lucha? La forma pura ensimismada, lo abstracto no tendría el valor de comunicación, por su origen, por su despegue a la "literatura", de decir, de expresarse en sí misma, sin vínculos con las artes que la antecedan, solamente como forma.

Esa lucha del hombre por el

más allá, es el impulso motor de la creación. Lo que no se debe olvidar es al creador, más a la aventura de su creación que a la creación misma. El hombre siempre presente, humillado y majestuoso, sacando de la nada entre dos interrogantes, ante dos caminos como son la vida y la muerte; principio y fin de su aventura primera que es nacer para señalar rutas de creación y de poesía.

# El romanticismo de Beethoven

(Charla en la Radio  
Universitaria. Curso 1956-57.

Por Enrique Macaya Lahamán

Oímos decir —y decimos con frecuencia nosotros mismos— que Beethoven es un romántico. Concepto difícil de negar, al menos cuando con él pretendemos colocar a Beethoven dentro de las grandes divisiones históricas de la música.

El peligro está en exagerar dicho concepto; en hacerlo genéricamente grotesco. El calificativo "romántico", puede indicar muchas cosas. Puede indicar, por ejemplo, la colocación de una obra artística dentro de un período de la historia en el que se nos presentan ciertas características de inspiración y también de realización en la forma que dan a ese período una unidad suficientemente fuerte como para caracterizarlo y diferenciarlo de períodos anteriores o posteriores. En este sentido creo que estamos en lo exacto al colocar a Beethoven dentro de la llamada época romántica.

Pero también se ha dado al romanticismo, un significado un tanto grotesco, como una tendencia a la tristeza morbosa, al sentimentalismo, a lo anecdótico y otras cosas por el estilo. Desfiguración peligrosa e injusta que con frecuencia vemos aplicada a la música de Beethoven y en contra de la cual debemos reaccionar. Del Beethoven de los

"claros de luna", de los amores imposibles y de las rabiets de genio y casi de locura, se han escrito muchos libros, la mayoría de ellos malos y algunos apenas aceptables como literatura agradable, mitad biografía, mitad leyenda. Desde Schindler, Hoffmann, Bettina Brentano y otros escritores de la época hasta el reciente Emil Ludwig, la leyenda fue creciendo día tras día, coloreándose con nuevas anécdotas sin que el psico-análisis y hasta la misma patología de las enfermedades nerviosas dejaran de colaborar con su buena parte dogmática y peligrosa.

El daño que con esto se le hizo a la música del maestro fue grande; quizás, lo extraño de su vida tomó más importancia ante el mundo que lo genial de su obra.

Se olvidaba que su música era ante todo eso, "música" del más puro valor y de la más fina realización.

Jean Boyer escribió un libro notable sobre este asunto. Lo titula con premeditada intención "El Romanticismo" (y esta palabra va entre comillas) de Beethoven. Se agrega luego este sub-título que es todo el programa resumido de su estudio: "Contribución a la investigación de una leyenda". Y en realidad, eso y no

otra cosa son las 482 páginas que forman el texto: una reacción serena y meditada contra lo que hay de pasajero, anecdótico y pintoresco en la vida y en la música de Beethoven. La leyenda beethoveniana está estudiada en su larga trayectoria y en todas sus fuentes.

Descartemos, pues, al Beethoven del romanticismo que podríamos llamar "legendario". Nos queda, entonces, el romántico de su período; de su época histórica: comienzos del siglo XIX. No es Beethoven un solitario durante este período. Tiene su grupo. Su grupo que podríamos limitar a su misma escuela alemana: Schubert, Schumann, Mendelssohn, por ejemplo.

Pero debemos ir despacio. Clasifiquemos y analicemos un poco los conceptos. Beethoven, Schubert, Schumann y Mendelssohn, todos son románticos. Sin embargo, ¿significa esto que la música de los cuatro compositores tenga tanta afinidad, como para que cualquiera de ellos pueda definirnos por sí solo lo que es el romanticismo musical? De ninguna manera. Y la respuesta en este sentido debe ser pronta y categórica.

Se dirá entonces: siendo así, ¿por qué todos son románticos? ¿Qué les da esa característica

común de romántico de que tanto se habla? Esta pregunta nos lleva a tratar de establecer —en lo que a la música se refiere— un concepto, aunque sea aproximado, de lo que es el “romanticismo”.

El llamado movimiento romántico es difícil de resumir dentro de una definición clara y fácil de retener. Y es que, justamente, lo romántico implica —en muchos aspectos— como la propia negación de las definiciones. Es, ante todo, una disciplina de “libertad”. Libertad absoluta en la elección de los temas o ideas que sirven de base a una obra. Libertad también en la forma en que esos mismos temas o ideas van a ser expresados. Y si esta libertad es tan amplia, ¿cómo podríamos entonces basarnos en ella para buscarle una definición al romanticismo?

Si todo cabe en el romanticismo, ¿qué límites podemos ponerle a un concepto que pueda expresarlo? En esta libertad se llegó hasta la exageración. Víctor Hugo decía que “lo bello es lo feo”. Sería imposible tomar como uno de los elementos formadores del romanticismo a la misma fealdad. Esto sería espantoso. Pero la frase nos puede dar una idea de la plena libertad en cuanto a forma y expresión, dentro de la cual se mueve el romanticismo.

Resumiendo, ¿cómo vamos entonces a definir el romanticismo? Diciendo acaso que es un “caos” de belleza para usar una palabra.

Nos queda una salida posible. Y esta salida es “oponer” el romanticismo al “clasicismo”. No nos queda otro recurso que ir a la definición por la oposición. El romanticismo podría ser la negación del clasicismo.

Pero, una vez más, es bueno que repitamos la advertencia de antes: en estas cosas, debemos ir despacio. Es necesario determinar, con mayor exactitud, en qué consiste esta negación, dentro de la cual una escuela niega a la otra.

En arte, en la historia del arte, un presente no puede negar totalmente lo que fue un pasado. Alguna relación —ya oculta o visible— debe haber entre una época y la siguiente.

Y así es en verdad. Mucho de lo clásico perdura en lo romántico. Pero lo clásico era reglamentación, disciplina y lo romántico fue todo lo contrario, es decir, una absoluta libertad.

La diferencia está pues, en una actitud. Los románticos aprovecharon mucho del clasicismo, pero tenían la libertad de hacerlo o de no hacerlo.

La situación en que se colocaban era para ellos una situación espléndida. Era en realidad poder hacer lo que les viniera en gana. Y así lo hicieron. Cada uno tomó su propio camino. Todos fueron en su esencia, diferentes.

Luego, es cierto, al desarrollar los nuevos temas y las nuevas formas dentro de las cuales el romanticismo se iba formando, aquellas nuevas formas y aquellos nuevos temas por afinidad

fueron acercándose, los caminos se hicieron más estrechos, buscando la unidad y con ello formando un nuevo espíritu. Nuevo espíritu que, con el tiempo, se llamó el romanticismo.

Lo antes dicho, quizás haya sido expuesto simplificando mucho las cosas. Pero es necesario establecer contrastes algo grotescos para poder después afinarlos un poco y acercarse entonces a lo justo. Formar antes los contornos, para dibujar luego las siluetas. Y, en verdad, los músicos románticos se acercan por sus contornos, pero adquieren siluetas diferentes.

Hablábamos antes de Beethoven, Schumann, Schubert y Mendelsshon. Volvamos a ellos. Todos pertenecen al romanticismo. Sin embargo, nada en el mundo hay de más distinto que el “Sueño de una Noche de Verano” de Mendelsshon si lo queremos comparar con la “Quinta Sinfonía” de Beethoven, por ejemplo. Existen entre estas dos partituras diferencias fundamentales casi groseras, de intensidad emotiva, de disciplina técnica y hasta de tradición histórica. Y ambas, a pesar de todos estos contrastes, encajan, por decirlo así, y a maravilla dentro de una definición genérica del romanticismo musical.

Continuemos las comparaciones. Ahora entre Schubert y Schumann. Acerquemos la “Sinfonía Inconclusa” para ponerla a la par de la “Segunda Sinfonía” de Schumann. La una profundamente lírica, con sus temas que parecen siempre cantar, largos,

casi liderincrustados dentro de una forma sinfónica, otoñalmente melancólica; la otra inquieta, buscando una nueva expresión para lo más íntimo del espíritu y, al mismo tiempo, ensayando de encontrar para la sinfonía una nueva forma y un concepto de unidad. En Schubert, temas frescos, risueños, libremente expuestos, casi en forma de romanza; en Schumann, temas recogidos dentro de sí mismos, buscando otro tema que quizás sea el único o quiere ser el único, en una honda expresión de unidad; es decir, lo que llamamos hoy la unidad cíclica de la sinfonía.

Son dos ejemplos únicamente lo que he dado, pero estas diferencias, ciertas para algunas obras particulares, lo son también para la mayoría de la obra de los compositores románticos tomada como representación general de su arte.

En la música, pues, para formarnos un concepto más o menos exacto del romanticismo tenemos que singularizarlo. Referirlo concretamente a la obra de cada uno de los compositores del período. Y decir así, “el romanticismo” de Schubert o el “romanticismo” de Mendelsshon o el “romanticismo” de Beethoven. No nos queda otro camino que éste, si queremos ser fieles a un concepto y, sobre todo, justos con la intención que lleva en sí la obra de cada uno de estos compositores.

Nos hemos colocado ya en el punto de partida que parece ser el más apropiado: cada compositor romántico lo es a su manera.

# LIBRERIA ANTONIO LEHMANN

en su **DEPARTAMENTO ESPECIALIZADO**

ofrece:

**LIBROS de CIENCIAS**  
**ARTES, NOVELAS,**  
**RELIGIOSOS y de MUSICA**

Pida nuestras Listas y Folletos

Entremos entonces ahora en materia: ¿cuál es la manera romántica de Beethoven?

Se ha dicho y se sigue diciendo con razón —que Beethoven es el maestro de los románticos. ¿Quiso serlo Beethoven? Probablemente no. Al menos no tuvo la intención de serlo. Si lo fue, se debió ello al valor preponderante de su obra sobre la de sus llamados discípulos. Aquella calidad, aquella superioridad se impuso. Si Beethoven verifica la plenitud de la forma que hoy llamamos sinfonía, fue lógico, natural y necesario que las sinfonías escritas durante y después del romanticismo, siguieran las normas casi ya definitivamente establecidas por Beethoven. Si con él se amplía y vivifica la "forma de sonata", lógico y natural era también aprovechar aquel crecimiento formal y aquella nueva intención de espíritu que se le daba a la forma de sonata.

Beethoven en la música es uno de sus más grandes renovadores, quizás el más grande de todos. Sin embargo, no podríamos decir que esta profunda renovación musical fuera hecha siguiendo un programa previamente establecido. Beethoven modifica las formas musicales o crea nuevas formas musicales porque lo necesita, porque siente la necesidad de hacerlo conforme y progresivamente va realizando su obra. Al querer expresar nuevas ideas poéticas o nuevas ideas poemáticas, mucho más amplias, mucho más humanas que las que hasta entonces se habían expresado en música, siente la necesidad de ampliar las formas musicales. Y entonces las rompe, las modifica o crea formas nuevas. Se le presenta una ecuación muy simple: forma y contenido. A un contenido nuevo, a un crecimiento en "el alma" de la música —digámoslo así— se impone una relación nueva con la forma. Beethoven, pues, va a lo formal por imperativo necesario de expresar la nueva emotividad de la música. Mejor diríamos, la nueva emotividad del hombre Beethoven.

La actitud es curiosa y quizás merece la pena de comentarla un poco más. Tomemos un ejemplo concreto: la marcha fúnebre de la Tercera Sinfonía.

Idea nueva, desde luego, la de incluir una marcha fúnebre como uno de los movimientos de la sinfonía. Después otros lo harán siguiendo sus pasos, entre

ellos Chopin con la marcha fúnebre de su famosa sonata. Pero si la idea es nueva, observemos en cambio el procedimiento curioso que sigue Beethoven para realizarla.

Usa, como punto de partida, la forma llamada binaria. Una de las más simples, una de las más tradicionales en la historia de la música. Dos temas básicos expuestos uno después del otro, unidos, es cierto, a través de esas maravillosas modulaciones que son una de las mejores pruebas del genio creativo del maestro. Concepto simple y hasta quizás resumido en lo referente a la forma. Repetimos, una forma elemental y ortodoxa: la forma binaria. Pero, ¿qué sucede luego? ¿Qué sucede cuando Beethoven pone manos a la obra y va progresivamente avanzando en el ideal creativo que se propone? Pues simplemente comprende que la forma binaria es demasiado estrecha o demasiado corta o demasiado fría, para expresar la amplitud y el calor de la idea poemática que inquieta su poder creativo. Entonces rompe la forma binaria, la amplía, le da una salida hacia la libertad. Pero, ¿cómo lo hace? ¿Imagina acaso una nueva forma para la marcha fúnebre? ¿Una forma que fije una nueva modalidad para ella?

Aunque parezca sorprendente, Beethoven hace algo muy simple: agrega un "fugato". Otra forma vieja y clásica de la música. Aún más, mirando hacia atrás y no hacia adelante, va hacia el contrapunto.

Es verdaderamente sorprendente: uniendo dos elementos tradicionales, forma binaria y fuga, logra Beethoven crear algo tan nuevo, de una expresión romántica tan fuerte e inquietante como es la presencia del héroe ante la muerte.

Otro ejemplo: existe en la sinfonía un movimiento —generalmente el tercero— que es como un rezago o una añoranza histórica de la vieja "suite": el minueto. Nos referimos a la suite clásica, de la cual —conviene recordarlo— en sus elementos más exteriores, deriva la sinfonía. Pues bien, ya en el siglo XIX, cuando el mundo del arte comprende que aquella danza "rococó", cortesana y amanerada, desentona con la nueva sensibilidad de la época—acababa de pasar la revolución francesa

y todas sus hondas consecuencias de reforma social—, era lógico pensar en modificar aquel tercer movimiento de la sinfonía para actualizarlo, digámoslo así.

Beethoven se plantea el problema. Y lo resuelve de una manera muy sencilla. Conserva la forma del minueto: temas, trío, repetición de los temas. Parece que el aspecto formal no le interesa. Le interesa crear para el minueto, un nuevo espíritu. ¿Y qué hace entonces Beethoven? Simplemente le cambia el tiempo, le acelera el tiempo al minueto y crea el "scherzo".

Y aparece el Scherzo en la sinfonía —reforma fundamental, sin duda alguna— ágil, fogoso, viviendo su siglo, pero conservando en su estructura la misma modalidad del antiguo minueto.

Veamos finalmente otro caso en que Beethoven nos hace ver esta relación íntima entre forma y contenido que caracteriza toda su obra. El ejemplo es doblemente gráfico para nosotros, pues se nos ofrece en una de las obras más conocidas del maestro: La Quinta Sinfonía.

El primer movimiento de la Quinta Sinfonía en cuanto a expresión romántica. Es como una condensación de lo mejor de su espíritu romántico. Desde los primeros momentos se está bajo el peso de ese romanticismo total. No existe un minuto, ni siquiera uno, en el cual esa sensación constante y fuerte pueda darnos como una pausa de alivio o de descanso. Pues bien, ante esta condensación de su romanticismo que, permítasenos la paradoja, podríamos hasta llamar

clásica, Beethoven se sirve para expresarla de una forma de expresión tradicional, sin modificar o ampliar en ella ninguno de sus elementos. Y, contrariamente a lo que hace siempre, esta vez no lo hace, porque no lo necesita. El primer movimiento de la Quinta Sinfonía es un ejemplo típico, exacto, sin alteraciones de ninguna especie, de la forma de sonata. Yo lo he usado en mis clases de música para explicar en sus términos más exactos y concretos, lo que es la forma de sonata, porque se presta admirablemente para ello, sin complicaciones de ninguna clase. Es así, pues, como Beethoven cuando comprende que las formas musicales usadas ya en su tiempo, son suficientes para expresar cómodamente lo que desea expresar, no las toca siquiera, las deja tal cuales eran. Maravillosa sinceridad de su arte, en el cual la relación de forma y contenido, es siempre una relación necesaria, tal vez hasta inevitable. No reforma las cosas por un simple deseo caprichoso de reformar. Lo hace, exclusivamente, cuando lo necesita para expresar toda la amplitud de su genio romántico.

Quizá podríamos ya, basándonos en las observaciones anteriores, tratar de colocar a Beethoven dentro del movimiento romántico.

No sería exacto decir que su puesto es el de un "jefe" o constructor "teórico" del romanticismo musical. Cuán lejos está de él una dialéctica cerrada, capaz de resumir dentro de un marco rígido, las teorías de la nueva escuela.

Beethoven *forma* el romanti-

## CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centroamérica y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

Carmen Sequeira

Directora-Editora

Chimalpopoca 34

México—D. F.

# Encuentro con Blas Pascal

Por Alfredo Cardona Peña

—Usted, excelentísimo señor, es más citado que leído, o lo que es lo mismo, más admirado que conocido.

—Me citan los escritores literarios y me conocen los que trabajan en la formulación de principios científicos.

—Me atrevo a hablar con usted sin conocer la técnica especulativa, enamorado, por vías intuitivas, de su puro ideal racionalista de conocimiento, que la calificaba Ernst Cassirer.

—Es mejor sentir intensamente que pensar con frialdad.

—¡El sentimiento! Ya tocó las fibras exactas de su método. Usted dijo . . .

—Sí, que es el corazón lo que siente a Dios, y no la razón.

—Lo que le hizo muy poca gracia a los jesuitas, esos filósofos del dogma, que miran de reojo.

—“Los jesuitas combaten a los que les convencen”.

—Nunca a los poderosos y menos a los aristócratas.

—“Importa a los reyes y a los príncipes ser estimados por su piedad, y por eso se confiesan con los jesuitas”.

—De los pensadores religiosos, usted es el más moderno, y des-

de luego el más humano. Toda la vida le agradeceremos su ironía de la razón, que otros han erigido en poder supremo.

—Mucho cuidado, pues dos extremos deben evitarse: “excluir la razón, y no admitir más que la razón”.

—Grandes definiciones hay del hombre, amantísimo señor; definiciones que van de los vertebrados a los ángeles, y del humor al patetismo. La más grave y trágica es la suya, tan repetida por universal. Quisiera escucharla de sus labios.

—“El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza, pero una caña que piensa”.

—Esa caña, como el junco, se dobla pero no se quiebra. Con esa caña se puede pescar; en realidad es un instrumento de supervivencia. Cuando viene la tiranía, la caña se convierte en garrote; cuando hay libertad, es tan bella que se cubre de flores. Oh, mi señor, cañas pensantes somos, abatidas por el vendaval.

—Y a veces suspendidas por la paz, que nace de sus propias cenizas.

“No pudiendo lograr que lo

justo fuese fuerte, se ha procurado que lo fuerte fuese justo. El peor de los males es la guerra civil”.

—Sus pensamientos, por hundir las raíces en la naturaleza del hombre, ni han pasado ni pasarán. Permanecen. Esa es la luminosa herencia francesa. Todos le somos deudores. Ya Fortunato Strowsky atribuía a la Francia suya y de Montaigne la definición de un tipo humano que reinó en Europa cerca de dos siglos. “Si la literatura italiana, decía Strowsky—citado por Fidelino Figueiredo—es la escuela del arte y de la pasión; si la literatura inglesa es la escuela de la sensibilidad y de la poesía; si la literatura alemana es la escuela del ensueño y de la metafísica, la literatura francesa, salvo en la época de la Pléyade y del Romanticismo, guardó siempre la preocupación de estudiar a los hombres, de conocerlos, de pintarlos, explicar los móviles de su conducta, penetrar en el secreto de sus condiciones y humores y enseñarlos a vivir; es la escuela de la sabiduría”.

—“¿Qué quimera es, pues, el hombre? ¡Qué novedad, qué

monstruo, qué caos, qué campo de contradicciones, qué prodigio! Juez de todas las cosas, rastreador lombriz, depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y derecho del universo. ¿Quién aclarará este embrollo? No los filósofos, ciertamente”.

—No los filósofos, clarísimo maestro, sino los obreros sociales, los ingenieros del progreso. La emoción religiosa se ha transformado en una fuente de actividad. Usted lo ve . . .

—Yo tuve mi tiempo. El estado actual del hombre difiere del mío.

—Tiene razón Pablo Archambault al afirmar que su crítica histórica ya no puede satisfacernos. Pero en cambio . . . qué extraordinaria vigencia la de sus observaciones acerca de las actitudes humanas, qué alto ejemplo de lucidez, qué ironía sagrada. Cuando usted dijo, por ejemplo, que es un gozo “encontrarse con un hombre allí donde sólo se esperaba hallar un autor”, estaba definiendo su propia excelencia y definiendo, además, la verdad claudicante de muchos escritores que han traicionado al pueblo. Sólo usted pudo expresar tanta energía con tan pocas palabras. Sólo usted . . .

—“Es bueno tener un pensamiento escondido, y juzgar por él; y hablar, sin embargo, como el pueblo”.

—De ahí su grandeza.

—Y de ahí mi miseria, también. “No se es miserable si se carece de sentimiento. Una casa arruinada no lo es. Sólo el hombre es miserable”.

—Y sólo el hombre es una auténtica grandeza.

—“La grandeza del hombre es grande, porque el hombre conoce su miseria. Un árbol no

cismo por razones íntimas de temperamento. Y lo forma, progresivamente, a medida que va realizando su obra. Luego vienen otros —no diríamos sus discípulos que en el sentido exacto de la palabra Beethoven no los tuvo— sino más bien sus contemporáneos, (así a secas, simplemente sus contemporáneos), que por un procedimiento de simples afinidades electivas, tomaron de su arte aspectos que ayudaron a formar por acumulación la unidad de principios que dieron más

tarde el concepto orgánico de la nueva inquietud romántica. Porque el romanticismo en la música no es otra cosa, sino eso: un cúmulo de personalidades todas ellas diferentes entre sí pero unidas por un esfuerzo simultáneo de reforma y de progreso para hermanar el arte con su época.

La significación de Beethoven dentro del romanticismo es, justamente por este motivo, enorme e indispensable. Rompió una nueva brecha, pero no con una

actitud intelectual de nuevas teorías. Lo hizo, afirmando su personalidad, creando su arte. Lo hizo partiendo de un punto básico de libertad en el arte. Y esa actitud de libertad en el arte nos dió a Beethoven y además a Schubert, Schumann, Mendelssohn, Chopin, Berlioz y tantos otros. Todos ellos románticos. Y, sin embargo, tan personales, tan distintos entre sí.

Llegamos, pues, al punto final de nuestras consideraciones y que sería el siguiente. Cuando deci-

mos que Beethoven es un romántico, decimos bien poco o casi nada. Si al romanticismo queremos referirlo, deberíamos decir más bien, el “romanticismo” de Beethoven como algo específico que necesita ser concretado y explicado.

Si lo dicho antes en algo ha contribuido a singularizar este concepto en lo aplicable a Beethoven, creo haber llenado la modesta intención que quise darle a esta charla de hoy.

# La viejecita y el piano

(Fragmento de "Hombres en tres tiempos" )

Fragmento de  
*HOMBRES EN TRES  
TIEMPOS*, novela de  
Fabián Dobles.

Detrás de otra ventana, en una salilla oscura, una viejecita toca en un piano de modelo antiguo; no la oye, la ve tocar de pasada, y se detiene a escuchar-

la, pero no se oye nada. Los dedos se mueven sobre el teclado, que a trechos ha perdido el marfil que antes tuvo, mas el piano está sordo. Tista se acerca más; aguza el oído hasta lo imposible, mientras se fija en los movimientos de las manos y en el papel de música que ella trata a través de sus gafas de descifrar di-

ficultosamente. No; esto parece mentira; los dedos corren, se devuelven, se crispan, todavía ágiles. Las teclas suben y bajan. Pero ahora puede jurar que el piano no suena. Es como estar soñando. La vieja señora pasa las hojas, de cuando en cuando; mueve hacia adelante la cabeza, para mirar mejor, en los pasajes posible-

mente más difíciles, y a ratos balancea rítmicamente el cuerpecillo. Pero aquello, sí, ahora está seguro, no es un piano. Apenas el carapazón antiguo y comido de comején de algún instrumento del siglo pasado, todavía lustroso, todavía cuidado por las manos cariñosas de su dueña, mas ahora fantasma sin sonido. "Esa mujer está tocando en el vacío", piensa, mientras nota que hacia un lado, sentado en una mecedora rota, un viejo cose a mano alguna prenda que Tista no distingue bien, y mira de cuando en cuando a la mujer del piano, quizá con cariño, o quizá sin sentimiento particular, como a una antigua costumbre que vive a su lado. "Esa mujer está pulsando su propia vida" vuelve a pensar Tista, y un nudo se le va formando en la garganta. Se siente mal. Quisiera oír algo, saber qué es lo que la anciana le dice al piano y éste le responde; porque, no hay duda, allí algo se está

conoce su miseria. Es, pues, ser miserable el hecho de sentirse miserable; pero es ser grande, e hecho de conocer que se es miserable".

—Sí, ésa es una de sus meditaciones fundamentales. Pero yo quisiera aprovechar al máximo este instante que la imaginación me ha deparado. Aprovecharlo y no dejarlo ir. No se encuentra uno con Blas Pascal todos los días. Hay cosas preciosísimas dentro de su excesiva seriedad. Por ejemplo: aquello de que los sonetos son "reinas de aldea".

—Mi breve meditación acerca de la Belleza Poética desencadenó las iras de más de un crítico apresurado. Si usted tiene la oportunidad de leer la nota que a este respeto escribió M. Faugère, encontrará que yo nunca me burlé de la verdadera poesía, sino de "la versificación mezquina de los hacedores de madrigales de mi tiempo", que se parecen a los hacedores de sonetos del suyo. De todos ellos me reí, porque . . . "el hombre conoce mejor en qué consiste la gracia de una mujer que en qué consiste la gracia de los versos". Al buen entendedor basta una señal. Con esa frase separé lo auténtico de la poesía, de lo falso de ella.

—Repetiré, con Nisard, que "todos los modos de escribir tienen un primer modelo en usted, que jamás ha ostentado la gloria del estilo. Ha poseído todos los dones del espíritu: el rigor científico de un gran geómetra y la imaginación de un gran poeta".

—"Que no le pase a usted por la cabeza que habla bien, sino cuando es ocasión de hablar, pero que entonces se le ocurra a todo el mundo".

—Por eso precisamente me abstengo de interrogarle sobre aspectos que escapan a mi comprensión, como son los trabajos de física y geometría, en los que sentó principios incommovibles. No estoy hecho para prosperar en esos terrenos. Usted, que unió el análisis a la creación, me entenderá suficientemente. ¡Usted, que llegó a la proporción treinta y dos del primer libro de Euclides sin necesidad de maestro, sin información previa!

—Hay dos clases de entendimiento: el geométrico y el que he llamado "de sutilidad".

—¿En qué se diferencian?

—"El geométrico tiene visiones lentas, duras e inflexibles, pero el segundo tiene una agilidad de pensamiento que aplica a la

vez a las diversas partes amables de lo que ama. Con los ojos alcanza a ver el corazón y por el movimiento de afuera, conoce lo que pasa dentro".

—¿Y cómo operan los geómetras?

—"Los geómetras no son más que geómetras, tienen el entendimiento recto, mientras las cosas les sean explicadas por definición y principios; en lo otro, son insoportables".

—¿Y los sutiles?

—"Los sutiles no son más que sutiles, no tienen la paciencia de descender hasta los primeros principios de las cosas, porque jamás las han visto en el mundo, y por otra parte son cosas que están fuera del uso corriente".

—Si se dominaran a la vez estas dos formas de conocimientos, ¡cuánto placer proporcionaría el amor!

—Sí, porque entonces se posec "la fuerza y la flexibilidad espirituales tan necesarias a la elocuencia entre dos personas".

—Usted dominó ambas dimensiones con señoría sin par. En su bibliografía encontramos un Tratado del equilibrio de los líquidos (1651) y un Discurso sobre las pasiones del amor (1653-54), ello sin contar el artículo XVIII de sus Pensamientos, que

con excepción de Las cartas provinciales, es la suprema síntesis de su filosofía.

—¿De mi filosofía?

—Sí, de la suya . . . aunque haya dicho que toda ella no valga ni una hora de trabajo.

—"Burlarse de la filosofía, es filosofía realmente".

—¿Qué escribió usted en aquel papel que ocultó hasta su muerte, cosido a la tela de su gabán?

—Una experiencia que tuve la noche del veintitrés de noviembre de 1654, día de San Clemente.

—¿Y en qué consistió?

—En un inefable arrobamiento, en un raptó que me duró desde la diez y media de la noche hasta las doce y media aproximadamente.

—¿Y cuál fue el resultado?

—Me parece que alcancé la conciencia cósmica.

—¿Y . . . ?

—Con lo dicho basta. No diré nada más.

—Gracias, excelentísimo señor. El silencio justo vale más que la elocuencia inoportuna. Voy a tratar de escribir la impresión de su encuentro, aunque los dogmáticos se disgusten.

—"Es necesario, en todo diálogo o discurso, que se pueda decir a los que se ofenden: ¿De qué os quejáis?"

# Mestanza, el poeta amigo de Cervantes que estuvo en Costa Rica

Por Carlos Meléndez

Juan de Mestanza, amigo del ingenioso don Miguel de Cervantes, fue un poeta que no pudo sustraerse al magnetismo del Nuevo Mundo, y lleno de ideales partió de su tierra andaluza. El río Betis —el Guadalquivir de hoy— le vió partir para ir a ganar honra y hacienda en las Indias.

Con su primo Luis de Ribera llegó a la Nueva España, en donde las circunstancias parece que le depararon cierta posición, seguramente en la carrera militar, que le hicieron no descuidar sus inquietudes literarias. En México se encontró y relacionó —escribe Díaz Vasconcelos— con el desconocido Baltazar de Orena, el sentimental Gutierre de Cetina y el dilecto Francisco Cervantes de Salazar. El segundo de estos re-

cogió algunos poemas de Mestanza en sus "Flores de varia poesía", obra que no vió luz pública, pero que poco más de cuatro lustros después, fue aprovechada por el agustino Fray Fernando Vello de Bustamante en su obra editada en México en 1610, titulada "Coloquios espirituales y sacramentales y canciones divinas". En la misma se incluyeron tres sonetos y un villancico del poeta Mestanza.

Vela dice que "los sonetos (de Mestanza), son de un corte limpio, de suave cadencia y suficientes, sobre todo en algunas estrofas, para identificar al auténtico poeta".

En el soneto dedicado a doña Isabel de Castro y Andrade, comienza el poeta así:

*Cabellos de oro que en divina altura  
sobre la nieve los esparce el viento;  
ojos en quien tal fuerza y poder siento  
que bastan a aclarar la noche oscura;*

y concluye Mestanza expresando:

*en ti doña Isabel sola de Castro,  
se halla de tal suerte fabricada  
que toda eres suprema y más hermosa.*

En un segundo soneto dedicado a la misma doña Isabel, muestra el poeta la admiración que

*Sois la blanca paloma en el meneo;  
sois azucena y rosa en la figura;  
sois una hermosa aurora a mi deseo.*

Se ha destacado que la tercera composición está cargada de hiperbatón y que es de menor fluidez. David Vela ha señalado además que, con el pase de los eruditos, ha venido publicándose como si fuera obra del propio Góngora y Argote, con el título

*Púrpura ostenta, disimula nieve,  
entre malezas peregrina rosa,  
que mil afectos suspendió frondosa,  
que mil donaires ofendió por breve.*

tal mujer despertaba en él, y con sublime erotismo concluye así:

que le corresponde: A la rosa y su brevedad. Esta circunstancia es digna de tomarse en consideración a la hora de juzgar los méritos de este ignorado poeta del que hay escasas huellas y que se llamó Juan de Mestanza.

Dice así la poesía:

conversando. Los dedos lo expresan. Casi se ven las melodías, se palpan los acordes, se figuran, se forman los compases. Pero no se oyen. Aquello es el abismo. Una suerte de música sin tiempo. Música del silencio. Sí, como soñar. Y a Tista, que es de corazón suave, el corazón le duele. Se arranca de allí con esfuerzo, echa a caminar, y, es extraño, entonces siente que va oyendo un lejano lenguaje de notas indefinidas. Sí, entonces es que hay también música sin sonido...

"Esa mujer estaba tocando sus recuerdos".

Y ya viene acercándose a la calle donde tiene su remendona el camarada Pepe. Se acuerda de que ha dejado allí un par de zapatos viejos a los que había que ponerles media suela, y pasa a preguntar si ya están. Aquí sí

que es otra música. La del pan nuestro, la del martilleo diario. Tres hombres, sentados en banquillos de baqueta, martillean, cortan con la lezna, hablan de política o blasfeman. Uno silba un bolero, mientras vuelve a dar vida a una zapatilla de mujer.

—Hola, viejos. ¿Qué tal, Pepe?

—Hombre, Tista, ¿qué hay de nuevo?

—Ahí, pasándola. ¿Ya están mis zapatos?

Pepe se rasca el cogote.

—Hombre, para ser te franco, no. Es que, he estado medio enfermo, sabés. Y Quique, un zapatero de estatura minúscula, riendo:

—¿No ve, Tista, que Pepe se nos está volviendo un hombre de ingenio?

—¿Cómo así?

—Diabético. Resultó con azú-

car—, y el zapaterillo ríe de su propia ocurrencia.

Los otros, y también Tista, celebran el chiste.

A Pepe no le hace mucha gracia. Se ve que está buscando en su cabeza algo que contestar para amolar a su vez a Quique, pero no lo encuentra. Termina por decir:

—Sí, hombre, he estado jodido, de veras.

—¡Y el azúcar tan caro!— remata el Quique, claveteando en la suela.

Pero por reír pierde la dirección y se da un martillazo en el pulgar. La uña sangra.

—¡Hijuep!— exclama con dolor, y tira el zapato; lo revienta por la ventana a mitad de la calle, mientras se revuelca furioso por el suelo chupándose el dedo y profiriendo reptiles y ala-

cranes con su vocecilla aguda, ahora ya no más chistoso.

—El payaso está llorando— se desquita Pepe, socarrón, haciéndose el serio.

Y allí sí que la risa es de veras. Mientras Tista, con su pañuelo, trata de limpiar la sangre al herido, tiene que esforzarse por no seguir carcajeándose.

—Ja ja —se chancea Pepe— tanto cacareo por un pellizco.

Y ahora Juan Bautista viene otra vez calle arriba.

"Parecen malos, duros, vengativos; y no es así. Sencillamente la pasan, roen el hueso de la vida, y se esfuerzan por sacar de lo peor algún juguillo alegre... Y cada dolor la necesidad de buscar alegría".

Como él también. Como todos nosotros.

## NOE SOLANO

DIBUJANTE

OFICINAS: Edificio La Arena, planta baja. Frente Almacén Lines.

*Madre de olores a quien ámbar debe  
lisonjas, no por prendas de la diosa,  
mas porque a los aromas deliciosa  
lo mas sutil de los alientos bebe.*

*En prevenir el sol tomó licencia;  
sintióle él, que, desde un alto risco,  
sol de las flores halla que le incita;*

*Mirola al fin, ardiente basilisco,  
y ofendido de tanta competencia,  
fulminando veneno, la marchita.*

No sabemos las razones que impulsaron al bardo a trasladarse a Guatemala, a donde llegó en 1578, cuando gobernaba el Reino de Guatemala el Licenciado García de Valverde. Allí permanecía, cuando su amigo Cervantes dió a la luz pública *La Galatea* (1584), obra en la que lo recuerda diciendo que "otro cielo y otra tierra han sido testigos de su canto numeroso".

Difícil es seguir la huella del poeta aventurero en el reino de Guatemala. En 1586 se le encuentra figurando entre los que integraron las milicias que se formaron para asegurar al Reino de la amenaza inmediata que representaba la presencia en aquellas costas, del pirata caballero Sir Francis Drake. Como es sabido, este marino andaba realizando un viaje de circunvalación al globo, y su presencia en el Océano Pacífico ocasionó no sólo alarmas infundadas, sino daños irreparables.

Mestanza se trasladó con las milicias a la villa de Trinidad de Sonsonate y al puerto de Acajutla, fijando residencia en la primera de estas poblaciones. Ya en 1589 aparece fungiendo en Sonsonate como Alcalde, pero no sabemos hasta cuándo duró su presencia en el lugar.

Los años pasan y Mestanza continúa viviendo en el Reino de Guatemala. A Costa Rica llegó en 1608, como acompañante de

Don Gonzalo Vázquez de Coronado, quien tenía en proyecto la realización de la conquista de Talamanca.

Al llegar Mestanza a Cartago se encontró con que la capital de la oscura provincia no era más que una modesta aldea, rodeada de haciendas de ganado y tierras de labranzas. El pequeño mundo de la capital, no era todo lo apacible que a primera vista parecía.

Quizás en buena parte se debía esta intranquilidad ambiente, no sólo a las difíciles condiciones de vida de sus moradores, sino a la presencia de un gobernador amigo de empinar el codo, de poner en movimiento la lengua y que solía salir disfrazado por la noche, entreteniéndose con tirar piedras sobre los tejados de las casas de quienes no eran sus amigos. Este don Juan de Ocón y Trillo, que así se llamaba el tal gobernador, lo hemos imaginado siempre "alto de cuerpo, seco de rostro", igual al célebre Alonso Quijano, que inmortalizara Cervantes. Al menos ambos fueron contemporáneos.

Por razones que no son conocidas, Mestanza rompió pronto con Don Gonzalo Vázquez y se afilió al bando de quien era su opositor, el gobernador Ocón y Trillo. Defendiólo en un escandaloso choque ocurrido entre las autoridades civiles y religiosas, por el delicado asunto de la ubicación de la silla del gobernador

dentro de la iglesia. En este suceso que tuvo lugar en una de las calles de Cartago el día 20 de Diciembre de 1608, llegó Mestanza a cruzar la espada con el Vicario Echeverría, que en esos momentos acompañaba al Obispo de la Diócesis de Nicaragua y Costa Rica, Presbítero D. Pedro de Villarreal.

La guerra declarada a que se

llegó, hizo que la Audiencia interviniera en el asunto, razón por la cual Mestanza y otros amigos del Gobernador, tomaron las de Villadiego.

Esta es posiblemente la razón que motivó la salida del poeta, quien se dirigió a su Madre Patria, en donde se encontraba en 1614, cuando Cervantes dice de él que:

*Apolo lo arrancó de Guatimala  
Y lo trujo en ayuda para ofensa  
De la canalla, en todo extremo mala.*

(Viaje al Parnaso)

No hay huellas de obra poética de Mestanza, escrita en Costa Rica. Hay que pensar en primer término en la circunstancia de que fue corta su permanencia en el país. Además, el medio intelectual no era el más apropiado para una fecunda producción. Por tales razones la obra de Domingo Jiménez, el de *Vive Leda si podrás...*, seguirá siendo la excepción conocida.

Ya otros autores han señalado que Mestanza es de la escuela de Fernando de Herrera y se ha reconocido también que, aunque malamente, supo orientar su verso por los trillados senderos de aquellos dilectos tañedores de la lira sevillana.

Para concluir, transcribiremos el único villancico que se conoce, salido de la pluma de quien fue elogiado por un inmortal amigo:

*Como rosa en el rosal  
hoy parecéis, Virgen dina,  
sin lastimaros la espina  
de la culpa original.  
De la espina empozoñada  
hoy el gran Dios os preserva,  
con daros la contrayerba  
de haceros la preservada.  
Salís, rosa, sin igual,  
llena de gracia divina,  
sin lastimaros la espina  
de la culpa original.  
El hielo no la marchita  
de pecado a vuestra flor,  
porque dáis suave olor  
en la presencia infinita.  
Dáis fragancia celestial,  
más que el lirio y clavellina,  
sin lastimaros la espina  
de la culpa original.*

### LA SEGURIDAD SOCIAL

ES LA SUPREMA ASPIRACION  
DE LA SOCIEDAD DE HOY

Sólo cuando los hombres conquistan el derecho a una vida sin temores y llena de dignidad, aflora la paz en los espíritus y nace la concordia en la humanidad.

CAJA COSTARRICENSE DE SEGURO SOCIAL



# Revisión histórica de España

Por Antonio Jean Morente

## I

Francisco María Cañas, mi amigo:

Ud. ha escrito en su "Diario de Costa Rica", un bello artículo, dación de cuenta sobre mi conferencia, "Revisión Histórica de España". Mapa incógnito, que yo atrevidamente intenté perfilar.

Y en la exégesis, suya, hallé tal comprensión, tal identidad de espíritu, que me ha hecho renovar la afirmación del gran Bernardo de Claraval, —más amigo mío que Tomás, al que le pesa demasiado el intelecto. Bernardo con más corazón, nos dejó su consigna. "Discute con tal de que tu fe sea inquebrantable". Así me parece que la suya, por su riqueza en años que gastar, sin duda es superior a la mía.

En mi exposición yo no buscaba adversarios. Pero se cumplió en parte, lo mefistofélico goethiano. "Lo mejor que sabes, no lo dices a tus discípulos".

Además, yo no tenía discípulos sino un auditorio de selección. Ud. lo ha dicho muy bien. Me propuse inquietar y no enseñar, —que inquietar es el signo esencial de toda conferencia—, encender, si podía, algunas de las luces ocultas por la pantalla histórica.

Accepto, según su gráfica palabra, que mi deseo era, "conseguir un interés activo y militante".

Fuera del oyente es posible haya habido Argensolas. De aquellos que dijo Cervantes que tienen "la voluntad, como la vista, corta". Eso hasta cierto punto es bueno. Para la vida, hacen falta el mito y la contradicción.

"Si no tienes un enemigo, búscatelo", he pensado quizás con demasiada constancia y aún en tiempos de paz. No hay nada de jaque. Sino que el enemigo es el más perfecto colaborador. Lo malo es la indiferencia.

No faltó, sin embargo, un llamado contrincante que Ud. no vió. Era yo mismo. Cien veces he contado el valor ético de esta frase: "Háblate mal de ti mismo". Y este "ti mismo", va a recoger con todo afecto la lección que le debo a Ud. y que lealmente agradezco.

## ESPAÑA INCOGNITA

Perfectamente apreció Ud. la premisa. Llena de conclusiones. "Muy poco conoce América la historia de España". No falta a los historiadores, ni entendimiento ni pluma. Es otra cosa. En mucha parte imputable a España.

Es cierto que "quince siglos", desde los orígenes culturales hasta el descubrimiento de América, son desconocidos para el lector y para el historiador corrientes. No la enseñamos a tiempo en América. Queda a salvo de este silencio y de este nublo, el "Instituto de Historia de España", en la Universidad de Buenos Aires.

Ha veinte años lo inició el catedrático Sánchez Albornoz, con la "Escuela de Estudios Medievals". Gran discipulado el suyo.

Con una obra casi reciente, "España como Enigma", ha cumplido su trabajo. He de dedicarle páginas. Baste por ahora saber que este libro, antecedido de otros muchos, sitúa al autor en la directiva de los medioevalistas de España. Quizás por sus obras, estableció la Argentina la docencia especial de la historia de España para la segunda enseñanza.

Chile creó hace años, en una de sus Escuelas de Arquitectura, la cátedra de Historia del Arte español. Con uno de los programas tan bien construido que, al menos otro, no conozco en América. Con estos datos preparo mi adarga. Mi insistencia de

que sean creados aquí estudios de España, ni es arbitraria, ni nueva. Libros de hace 25 años, pueden documentar la posición espiritual propia. Me avalan y superan hoy, desde Chile y Argentina.

Fáltales a éstos, sin embargo, hablar del siglo XIX español. Este es áscua que quema. Inevitablemente se ha de llegar al hoy. Yo lo he cogido con las propias manos en un trabajo elemental y de simple iniciación. Sin salirme ni una vez del puro campo histórico.

## CASTILLA.

Existe un error, impuesto por la propia España, que oscureció su historia tomando como fundamento único a Castilla y olvidando demasiado a las Españas. Atiende con ansia al siglo imperial y al Siglo de Oro. No puede desconocer que muchos siglos antes del XVI, ha vivido España en una proliferación de raíces, desde lo étnico al espíritu, desde lo humano a lo divino. Tanto así que supo universalizarse.

¿Cuántos son, entre los centenares de hombres que dan perenne nombre a España, los universalizados? Me conformo con cuatro: Séneca, Averroes, Maimónides, Cervantes.

Sí. Usted y yo sabemos que hay más. Pero es que estos cuatro son esencialmente cardinales. Uno, pagano. Otro, musulmán, (que no es igual que árabe, sino un hispanizado que cree en Mahoma). Un judío, Maimónides, o sea el semitismo intelectual, el don de Oriente. Y un gran cristiano, Cervantes. Es decir, tres medioevales.

Si no apreciamos estos ámbitos culturales en la enseñanza histórica, la teoría hispana queda sin fundamento.

España está en lo medioeval. Corren a plenitud, siglo tras siglo, los grandes ríos de la histórica natal. Hay que bautizarla con aguas del viejo Guadalquivir y de los ríos caudales, Tajo, Duero, Ebro, y Guadiana. Y llegar al rincón milenar del Miño y del Sil.

El símbolo epigráfico de toda esta realidad lo escribieron hace mucho tiempo, los hombres perfectamente genealogistas, que redactaron el epitafio de Fernando III en el real mausoleo de la Catedral de Sevilla. Lo hicieron en cuatro idiomas. Castellano, latín, árabe, hebreo. Esos han sido antes y en lo íntimo son, los cuatro idiomas que la cultura habla en España.

## LAS DOS ESPAÑAS.

Abordé un poco en mi conferencia el tema de las dos Españas. Pintada en blanco y negro, a lo Caravaggio, como cuadro del tenebrismo español. O sombra o luz. Quizá sea más compleja. No se define bien en dos. Sánchez Albornoz afirma ahora que, "Es difícil elegir el cartabón que permita trazar la exacta línea divisoria de esas dos Españas".

Recogí para futuras conclusiones la hilada poética de Pemán que Ud. tan perfectamente ha captado. La recordaremos:

"Se acabaron ya las palabras grises. Nada hay ya laico, ni neutro, ni indiferente. Todo es ya divino o satánicamente religioso. Todo tiene raíces de maravilla y sobrenaturalidad. Vivimos en plena vibración fanática o milagrosa. Sobre la faz de España no hay nada mediocre. No hay más que héroes y mártires. Dios tiene los suyos. Satanás los suyos. Por un lado y por otro, entre flores y entre espinas, todos vamos cortando terreno por fuera de la carretera gris y polvorienta de la vulgaridad".

Esto se escribe en "Arenas y Crónicas de Guerra". Y en Cádiz, 1937, cuando el hombre español se quemaba en llama viva. Llama alta que llega a la nube. Entonces, sí que se ve la historia. Está en tono vibrante.

## LA TESIS.

No es nueva, ni estaba olvidada. Se concentra en esta afirmación: "LA LIBERTAD ES LA MAS ANTIGUA Y GRAN TRADICION DE ESPAÑA".

Manifestada desde los comienzos históricos. Unas veces alián-

# Un Disco de James Joyce

*Acjo Carpentier*

Quienes sólo pueden leer el "Ulises" de Joyce en versión castellana o francesa, pierden gran parte del placer que podría depararles la extraordinaria plasticidad del idioma original. Entiéndase que empleo adrede el término de "plasticidad", ya que no se trata de buscar, en Joyce, una "música verbal" lograda con las técnicas del simbolismo. Pero el padre de Stephen Dedalus era, ante todo, un poeta enamorado de las palabras, conocedor del peso específico, de la etimología, de la densidad, del poder evocador de cada vocablo. De ahí su don de construir una prosa poética, cuyas oraciones se enlazan, se oponen, fluyen o se quiebran, obedeciendo a un ritmo interior, a secretas consonancias o asonancias, que no excluyen la palabra inventada, forjada para determinado fin, y

que, no por estar ausente de los diccionarios deja de tener un significado concreto. (Recuérdese, al respecto, la suerte de bramido coral que abre uno de los capítulos del "Ulises", donde se amalgaman, de modo sorprendente, las ideas de "varón" y "esperanza" . . . )

Por lo mismo que podemos calificar de "plástico" el idioma de Joyce, su declamación resulta sumamente elocuente. Hace años, su fiel editora Sylvia Beach hizo grabar al escritor, en un disco que hoy vale una fortuna, todo un episodio del "Finnegan's Wake" —el diálogo de las lavanderas, conocido antológicamente por "Anna Livia Plurabelle". Lo que pudo parecer una porfía, se transformaba, en la placa, en una espléndida realidad: leída en voz alta, la prosa cobraba una increíble ligereza,

cambiando de color, de ritmos, antes de hacerse, en el final, una suerte de ingrúvida espuma verbal —diluyéndose la palabra en el espacio, hasta regresar al silencio.

Ahora, las ediciones Caedmon han asumido la responsabilidad de lanzar un disco de larga duración, que ofrece dos de los fragmentos más importantes del "Ulises", leídos por actores famosos: el soliloquio de Leopoldo Bloom en la playa, dicho por E. G. Marshal, y el "monólogo interior" de Molly Bloom, leída por Siebhan McKenna . . . A primera vista podría parecer imposible, que la prosa del "Ulises", grabada en un disco, cobrara el ritmo que ha de acompañar forzosamente, lo declamado —y más, tratándose de páginas, como las últimas del libro, que prescindían de las reglas de

la sintaxis y de la puntuación. Y sin embargo, ha ocurrido aquí lo que con el texto del "Finnegan's Wake" leído por el propio Joyce. "Lejos de interferir con la hermosa fusión de lo espiritual y lo sensual, lograda por Joyce —nos dice Harvey Breit, crítico del "New York Times"— la voz de miss McKenna lo humaniza, comunicando el palpito de un corazón humano a la experiencia estética . . . Es evidente que cuando se hace sonar el monólogo de la señora Bloom, sería aconsejable que los niños de la casa salieran de la habitación. Pero personalmente, yo preferiría que escucharan esas páginas de Joyce a los ladridos frenéticos del señor Presley. Y si tuviesen más edad, yo los permitiría que permanecieran a mi lado durante la audición . . ."

Novalis decía que un gran libro, como un gran hombre, era algo inagotable. Transcurren los años y no sólo se multiplican, en el mundo entero, las ediciones del "Ulises", sino que la gran voz literaria, poética, visionaria, de James Joyce, está pasando, con éxito insospechable, a la grabación fonográfica.



dose con la Iglesia, la gran protagonista. Otras, indiferente a ella. Sin combatirla. Y en momentos políticos, una y otra combatíendose.

Tan largo y amplio tema requiere hechos y textos de ejecutoria nobiliaria. Sólo indico ahora uno que me parece fundamental. No oculté su valía en otras conferencias. Es el sentir de Fray Alonso Carrillo. Se escribía el año 1521. En las propias horas en que Cortés conquistaba a Méjico. Y cuando los barcos españoles navegaban por vez primera alrededor del mundo. Las Comunidades hacían temblar al nuevo Emperador. La fecha es preciosa. Oigamos a Fray Alonso:

"Todos los hombres nacen iguales y libres. De consiguiente por

ley natural, nadie tiene derecho a mandar sobre otro. Pero, ya que perdida la inocencia del mundo, se ha introducido por la fuerza y la ley positiva que haya superiores e inferiores, haciendo a la naturaleza el agravio de que un hombre obedezca y consienta ser gobernado de otro, no lo agravemos con uno nuevo tal como el de que el gobernante ejerza su oficio a perpetuidad, ni por derecho propio y sin rendir cuenta al gobernado".

Precisa meditarlo, traduciendo su espiritual continente. Es lícito afirmar que siglos antes de todas las revoluciones europeas, Castilla sentía y vibraba en pensamiento y libertad. Prueba de que no las necesitaba. Castilla, muy dentro

de sí llevaba en el alma la revolución que andando el tiempo, llamaremos democrática y liberal. Es cierto que en su tiempo recibió el eco y la voz extranjera. Lo que fue sencillamente el despertar de la eterna precursora que es España.

Si alguna vez tuviera la nación que cambiar de patrón divino, como símbolo histórico debía escoger a Juan el Bautista y Precursor. Por desfortuna, la acción se ha quedado cien veces en pensamiento.

Llegamos al Imperio. Acrecen las discrepancias y se acentúa la polémica ideológica. Ha servido como marco dorado para la tradición de creencia y Monarquía.

La crítica española lo analizó desde el siglo XVII. Se formó el

"Partido Intelectual de la oposición en los días del Imperio". Y en su propio seno. Pasados los años, la contienda se refuerza. Hay que recoger toda esta dualidad intelectual que con grandes figuras, además de las armas, caracteriza el siglo XIX.

Con benevolencia andaluza Don Juan Valera lo llamó el "grande y sublime error".

También era poeta Don Juan.

Acabemos.

A Ud. se debe el diálogo. Comprendo yo que es muy largo. Y a pesar de ello, no termino. El impulso de Ud. fue soberano. Cabe el romance de Góngora:

"Que los rayos de la "pluma" Descubrieron las adargas".

# Dos Cartas y Un Soneto

París, 21 de Enero de 1958

Amigos de BRECHA:

Aquí mismo tengo el placer de enviarles ese soneto de Pepe Frías, el poeta mexicano, y la carta del Abate de Mendoza, nuestro querido Abate, con que me lo envía. La razón de ser de ese soneto, José María la explica muy bien en su cordial entrega. No tengo nada que agregarle. Les envío ambas páginas para que las publiquen en BRECHA. Es justo que estas cosas no se pierdan. Siempre forman parte de nuestra osamenta espiritual, para decirlo un poco bruscamente.

Por lo demás, esos años del 20 al 30, que aquí llaman "la belle époque", fueron los años de nuestra juventud parisiense: Max Jiménez, el Abate de Mendoza, el Vate Frías, Cardoza y Aragón, Miguel Ángel Asturias, Toño Salazar, Paco Azurdía y tantos otros más a quienes la vida se tragó en su torbellino injusto y nivelador. Fue la época heroica del "surrealismo", cuando los jóvenes, a diferencia de los de ahora, creíamos en algo, teníamos fe. Todavía de tiempo en tiempo asomamos nuestros pasos por Montparnasse y nos parece evocar las noches tibias de nuestra juventud.

El Vate Frías fue el poeta maldito de esa generación. Murió trágicamente en México. La gente se olvidó pronto de él. Amó la forma perfecta y duró toda una vida puliendo su libro. Era músico y creía en una curiosa teoría del "sinfonismo poético". Amaba a los latinos en su propia lengua y evocaba, con su risa contagiosa, con su mueca inolvidable detrás de sus anteojos de miope celestial, la sombra atormentada de Beethoven, cuyas Nueve Sinfonías delectaba en el piano.

El Abate de Mendoza, que ahora es Ministro Consejero de la Embajada de México en París, ha sido el historiador de esa generación. Es un archivo, pero un

archivo con corazón de amigo, acucioso y justo. Para él es cierta la afirmación de Nietzsche: "Que el amigo sea la fiesta de tu vida". A veces lo veo, no como quisiera, pues el Abatito, como le decimos, vive muy entregado a sus disciplinas de diplomático. Pero cuando nos encontramos evocamos siempre esos tiempos idos para siempre y que hoy, en esta mañana fría y llena de nieve —mañana canosa como nuestras almas melancólicas—, recordamos leyendo el soneto de Pepe, que les mando. ¡Rue Vercingetorix, donde acomodó su juventud plétorica y generosa Max Jiménez!

Olvidaba decirles que nuestro Alfonso Reyes fue el ángel tutelar de aquellos años.

*León Pacheco*

París 19 de Enero de 1958

Excmo. Sr. D. León Pacheco  
Embajador de Costa Rica  
París.

Querido amigo,

Hace bastante tiempo, en una

recepción celebrada en la Maison de l'Amérique Latine, hablé con usted de un soneto de Pepe Frías, improvisado en el taller de Max Jiménez. Max conservó el manuscrito, del que yo tomé copia. Por

supuesto, se me había trasconejado. Acabo de encontrarla y he copiado el soneto. Se lo envío como recuerdo de nuestros difuntos amigos.

Las imperfecciones que contiene son propias de la improvisación. Pepe se proponía retocarlo, pero sucedió lo de siempre: posponía esa labor, no volvió a hallarse en el estado de espíritu propicio, otros poemas acapararon su pensamiento, retornó a México... Y así quedó la obra.

Ya tendremos ocasión de charlar un rato acerca de esto.

Un cordial abrazo:

*J. M. González de Mendoza*

## IMPROMPTU

Mi querido Max: este soneto alejandrino es para usted augurio de bellas soledades. Estoy seguro de que todas las tempestades han de cristalizar para su noche un trino.

Venceremos nosotros el rigor diamantino de haber soñado solos, a través las edades... (González de Mendoza, Max, Frías, al Hades preguntarán en vano cuál suyo es el camino).

Y si la noche amarga nos asusta, diremos con egregios absurdos y sonrisas traidoras: —¡Son nuestros corazones los más ágiles remos

que cabalgan, unánimes, sobre las flacas horas; Quijotes peregrinos, sabios que no sabemos acariciar el ópalo fétil de las auroras!...

Somos artistas, y hombres, y resucitaremos!

José D. Frías

París, atelier de Max Jiménez,  
Día de Difuntos de MCMXXIII.  
(Inédito).

# La Botija

*Por Francisco Rodríguez Ruiz*

## I

—A mí naide me saqu'e la cabeza qu'es qu'esa gurbia está encantada; si no, ya la hubiera cogido con el gran hoyanuco que hecho en el propio punto, a la par del higuierón, onde mesmo se para y desaparece la luz. Y no hay ná que dale güelca a Pheja: el entierro está en el bajo,

enti el higuierón y el ratorcillo del lao de la milpa... Que haiga encanto es otra cosa!...

Y al hablar así ñor Juan de Dios, con su atiplada vocecilla ponía todo empeño para que sus palabras impresionaran de la mejor manera el ánimo del joven don Gonzalo, su interlocutor,

muy asiduo desde hacía algunos días a su casa.

Don Gonzalo, con más risa que aserlato, aunque mal aparentara lo último, interrumpió al viejo:

—De veras!... Cómo es eso?

Y ñor Juan de Dios, que vio seriedad en donde no hubo más que buela, prosiguió con toda su



quier botija, así estuviera a ocho metros bajo tierra. En la ingenua candidez del viejo todo aquel mentidero hallaba entera y franca acogida, y era entonces cuando su incontenta admiración llegaba al colmo y la exclamación: "Qué jodíos que son los machós!" era inevitable.

La plática continuaba hasta que ponía fin a ella ña Biviana, quien espantando con tizón en mano el chanchito que se había metido en la cocina, llamaba a don Gonzalo y a su esposo.

—Vengan, que y'el café está chorriao!

Y ña Biviana se esmeraba porque aquel café, o la comida cuando lo invitaban, fuera un verdadero agasajo para el joven, quien con una munificencia insospechada en un hijo de don Pedro Rojas, no dejaba de menudear en ellos las dádivas y favores. El día anterior los peones de don Gonzalo habían vaciado para ña Biviana en aquel mismo patio, dos enormes carretadas de güecillo. Y los plátanos, y los tiquisques, y cuánto podía, que casi todas las semanas les mandaba?... Y los catorce reales diarios que ya desde la semana en-

trante se iba a seguir ganando Licha, por sólo amarrar almacigo allá en la finca? . . .

Don Gonzalo se había ganado por entero la familia con todos aquellos manejos, que remataban decisivamente en la "maquinita" buscadora de botijas.

Pobres gentes! . . .

Algo grave iba a pasar en aquella casa. El joven don Gonzalo cada día se sentía más y más atraído por los encantos de Licha. Ella, por su parte, coqueteaba instintivamente delante de él y ya no era la primera vez que había dejado apresarse una mano por otra de don Gonzalo. Luchaba ella, sin embargo, allá en sus adentros repitiéndose muy a menudo —y aunque amargamente— que a ninguna parte iría enamorándose del hijo de don Pedro, ella que no era más que la hija de uno de sus peones.

Ah! Pero ñor Juan de Dios no sabía ya donde poner a don Gonzalo. Después que éste se iba, se aislaba para no pensar más que en aquel aparato "eléctrico" del que salen dos cordones, uno que se pone en "contaito" con la tierra y el otro "pa los óidos". Y casi inconscientemente arrem-

daba el ruido del clunche cuando ya estaba encima del gurbién.

## II

Afligidísima, triste verdaderamente estaba ña Biviana con la enfermedad de Procopio, a quien ella quería tanto, así diera más "quihacer" que todos los chiquillos del barrio juntos: no en vano era el menor de sus hijos y más flaco toda la vida que un varejón.

Jamás tuvo Procopio carne ni para un tamal; y ahora, tan malo, se le veía en el hueso. Sus ojos pequeños —los ojillos de ñor Juan de Dios— se le habían hundido y le brillaban con un fulgor extraño en el amarilló plomizo de su carilla perfilada; las orejas se le pusieron transparentes y ya no tenía ni donde amarrarle los calzones. Los brazos y piernas salían de sus vestidos, como los de alambre de aquellos indillos de trapo de los portales de Diciembre.

Se inquietaba lastimeramente la madre al ver al hijo tan enfermo y ya hasta se arrepentía dolorosamente de la aporreada con vena de plátano, casi día-

ria, que tenía que dar al chiquillo, tal eran de mal intencionadas y no menos picarescas sus travesuras. Recordaba entonces que no hacía mucho —muy brava— le había dicho: "Cargagüeso éste . . . qu'el día que yo me muera naide v'a poder aguantalo!" y de la contestación con que al punto le salió Procopio, con la alegría agorera de los diez años apenas cumplidos: "No se apure, mamá, qui' usté está pior que coyunda . . . Estiro yo primero el casco cuatro veces, qui' usté haiga pensao en morise". Y ahora, viéndolo tan mal, bullían en el alma de ña Biviana esas palabras, una amargura indecible oprimía su pecho y las lágrimas rodaban abundosas y quemantes por sus mejillas que ya mostraban no pocas arrugas: trofeos ganados en los rudos batallares de una vida pobre y trabajosa.

Así llorando, había llegado a la casa de ñor Antolín, el curandero, un viejo alto y lánguido como un apóstol del Greco.

—No se apure, ña Biviana, yo ligerito l'espanto las corridas a ese ecanijao.

*Pasa a la pág. 16*



## PILSEN

# SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.-

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.-



# Ella y los dones en el alba

Por Carlos Rafael Duverrn

Oh la enviada del cielo!

I

Era casi divina la mañana,  
polvorosa de luces y perfumes,  
cálida al blanco corazón, doncella  
que encendía los verdes con el oro  
y agitaba en el aire el fuego nuevo.  
Sus manos contenían el secreto  
de una antigua promesa no olvidada,  
y esperaban bajo el temblor radiante  
de los ojos y el cielo, esperaban  
que madurara el tiempo de los dones  
frutales, que el temblor de la espiga  
y el poder de la tierra desnudaran  
el momento total, puro y perfecto  
de duración eterna al entregarse,  
para darlo a la muerte. Sólo el ángel  
podra recibir y comprenderlo,  
más allá de este gozo y la fragancia  
—las llamas instantáneas—, sin tristeza  
devolver con las ascuas rutilantes  
el don celeste y renunciar al fuego.  
Sólo el ángel es digno de esta gloria  
de tornar al adios en vuelo ardiente  
y adelantarse a todas las riberas  
donde esperan radiantes los comienzos!  
Recordar, preolvidar, y aun estar vivo!  
Sólo el ángel es digno esta mañana  
adolescente y móvil, roja y tierna,  
de la nueva estación. Violenta y dulce,  
ella espera en nosotros y en el vértigo  
de luz, perfume, sombras y rumores,  
la plenitud para estallar en vuelos  
y en torrentes oscuros, ebriamente.  
Se nos otorgara el secreto antiguo,  
la gracia prometida y esperada  
que sus manos azules contenían  
por no darla a la muerte. Mas nosotros  
somos la espuma de unas horas breves,  
y no podemos retener el alma,  
ni más allá del alma, lo celeste  
que nos fuera entregado. Recibimos,  
pero sin comprender, como burbujas . . .

II

Como el espejo de ondas movedizas  
sin querer se hace dueño deslumbrado  
de una vida fugaz de la belleza,  
y en el agua profunda, integralmente  
la sostiene en un éxtasis de plata;

y mientras el ensueño va flotando,  
oh irreal y lejano, con miradas  
y sombras luminosas, él absorbe  
las formas imprecisas, los destellos  
del alma entre las cosas, el recuerdo  
que una línea revela suavemente,  
y todo lo sumerge en resplandores  
que viven levemente y luego estallan  
disolviéndolo todo vaporosas;  
(lo vivo era más leve en ese centro  
de interior transparencia, más potente  
de pura levedad), pero un instante,  
sólo un relámpago y después tiniebla,  
la oscuridad azul en el espejo.  
Así también nosotros esplendemos,  
pero sin retenernos. Respiramos  
un delirio inmortal que se evapora,  
una extraña embriaguez de luces verdes.  
Duramos disolviendonos en bruma,  
y todo lo que al alma fue confiado:  
los dones amorosos, el don puro  
que riberas del cielo le otorgaron,  
todo va destilando de nosotros,  
manando velozmente hacia el oscuro  
las fugaces burbujas, siempre. Pero . . .

III

Esta nueva estación, límpida y tensa,  
que hizo púrpura leve de la aurora  
y arrebató los brillos que nosotros,  
los ojos y la sangre, brevemente  
quisimos conservar, de qué ribera,  
isla rápida y fresca huyó en la noche?  
Sera la tierna mensajera lactea,  
transparente en los sueños infantiles,  
la densa nube roja destellante  
sobre ríos azules, perfumados  
en el aire violeta? Sera un nuevo  
sopor sutil en playas amorosas?  
Es la doncella, el don, la primavera  
que ha manado de las fuentes del cielo.  
No para el ángel que podra salvarla,  
mas para mí, onda mortal, espuma.  
Era casi divina la mañana,  
y todo estaba al borde del milagro,  
pleno de nacimientos subcelestes,  
esperando un matiz, un soplo, un vuelo  
para caer al sueño y rebasarlo.  
De pronto recordé, y estabas pura;  
sin razón recordé y eras amada;  
y al contacto vibrante y momentáneo,  
ya era divina en torno la mañana.

La poesía eterna

# El amor mojado

(Anacreónica)

Arreglo de Cristián Rodríguez

(Traducido indirectamente del griego o parafraseado de diversas traducciones a varios idiomas modernos, con sinceras excusas por el desacato).

Una noche tenebrosa,  
a la hora en que el Arquero  
recorría con la Osa  
el estrellado sendero,  
oí que alguien a mi puerta  
con rudos golpes tocaba,  
clamando con voz incierta.

Puesto en pie, yo cavilaba  
sobre lo que hacer debía.  
Le grité: "¿quién, atrevido,  
con porfía,  
a turbar así ha venido  
de los mortales el sueño?"

Con cariño  
contestóme: "Soy pequeño;  
no temáis, soy sólo un niño.  
Bajo la lluvia, extraviado,  
sin amparo de la luna,  
toda la noche he vagado,  
sin fortuna".

Al oírlo, vacilante,  
con un hachón encendido  
hice entrar al suplicante.  
Desvalido,  
cauteloso, firitando,  
entró el niño en mi recinto  
y portando  
un arco y carcaj al cinto.

Conmovido, le ofrecí  
de mi hogar el tibio abrigo,

y entre mis manos cogí  
las suyas, como un amigo.

Postrándome de rodillas  
exprímeme los cabellos  
y enjuagué de las orillas  
el agua que con destellos  
le caía,  
dejándolo confortado.

"Mucho me temo, decía,  
que el arco se haya estropeado;  
quiero la cuerda probar  
para saber si está ilesa  
y si puedo disparar  
en la presa".

El arco luego encorvado,  
puso en él un dardo fiero,  
disparando  
en mi pecho golpe artero.

Como un tábano, el infante  
saltó veloz por el aire  
al instante,  
con suma gracia y donaire.

"O, huésped, mi arco está sano,  
pero tu pecho ha enfermado;  
será en vano  
que aspire a ser curado.  
Los suspiros que tú lances  
te agravarán el dolor;  
son así los duros trances  
del amor".

## LA BOTIJA...

Viene de la pág. 16

Ah! . . . Y cuando ñor Antolín decía: "yo curo", curaba de veras. Gran fe se le tenía en todos aquellos lugares y no era ya una sola persona, la que creía que las medicinas de él venían combinadas con algo misterioso y sobrenatural que curaba, a veces, haciendo prodigios.

—Y usted creó que se me componga, Dios primero, Procopio?

—Ya lo creo, con piores m'he visto. Pregúntele a Racail Arcia, que cómo era la flojera que le atajé hace dos meses. Mire, últimamente no botaba más qui una agü'e palmito; y vaya vealo . . .

—Dios ha de querer—intervino compungidísima, pero ya muy esperanzada, la esposa de ñor Juan de Dios.

—Démelo hoy mismo —continuó aquel Hipócrates cimarrón— un jarro di agua dulce con sal. Ponga después a'pagar un poco'e cáscara bien machaca'e guayabo colorao, con unas ramitas di altamisa y me l'echa al cocimiento unas cascaritas que vu a dale de granada: que se tom'eso por agü'el tiempo . . . y me avisa mañana.

—Pa qui así fuera de veras. Es que ya nu hallo qui hacer con Procopio: anoche y la madrugada las pasó en carreras p'al cafetal.

—Ya me lu imagino: como yigüirro cuando le dan plátano maduro . . . Pero eso le pasa . . .

Ña Biviana no hizo más que esbozar una sonrisa.

El curandero preguntó entonces:

—Güeno, Biviana, dígame: ónde jué qu'el pelo tieso'e Procopio cogió tan tremenda zaguata?

—Pos hora verá. Se le ocurre al viejo traer de la siudá unos salmones pa Semana Santa. Yo ni naide en casa los probamos; pero el tal Procopio se los envainó tuiticos, del miércoles al viernes santo. Nada hubiera importao eso, pero va y pasan los días grandes y él sigue en la comedera'e salmones. Régañalo era no decile nada. Tuvimos entonces que mandale soltar la carretilla'e barañas, la bajaba pa la suidá y cuando golvía era con media doce'e tarros. Pos ya como no podí'hacer nada con la carretilla, li hace creer al tata qu'él tenía unos limones benditos, d'esos que debe echase a la bolsa todo

el que quiera sacar una botija pa librarse de qu'el hermano li hable. Y es qu'es malo ese peinemico, ñor Antolín! Por no ve? Le sacó al viejo suave diez pesos por cuatro limones secos que tenían tanto de bendito como los del palo'e casa di onde, estoy segura, que los arrancó.

Ñor Antolín reía.

—Más malo que la carn'e pescuezol! Y en el suelo polvoso del corredor de su casa, echaba una gruesa y oscura salivota, que al caer detonando, levantaba no escasa polvareda.

—Y usted creó qu'esperdiciaba tarro vaciado? Har'apenas un mes que tuve que dale doce riales a ña Rosenda. Se le ocurre al pijije, después que se atipó uno de los salmones, amarral'el tarro en el rabo al gato'e la pobre vieja y tal jué la carrera'el triste alicrejo, que l'espanzuró en media cocina el librillo llenecito'e maiz cocío. Y Dios me lo perdona, ñor Antolín, si la luz que muchas noches ve Juan de Dios, a la raíz del higuerón del bajo, nu es un tarro'e con güecos y'un culo'e candelita adentro . . . Pos no ve, dende que cayó enfermo, la luz del hermano nu ha güelto a'parecerse . . . Güeno, ñor Antolín, tráigame la granada p'ile hacer el menjurge a Procopio que deb'e estame aguardando.

El viejo se metió a su casa y le trajo un envoltorio.

—Aquí tiene pa unas cuantas tomas . . . y no se vaya tan de ya . . . óigame algo que quiero platicale . . .

Sin embargo, titubeó un poco para seguir:

—Perfeitamente sabe usted, Biviana, de cómo quiero yo a Juan de Dios y'a todos los d'él. Los criamos juntos y las cosas qui a él le pasan, las siento mesmamente que me pasaran a yo. Mucho les alabé a ustedes que l'empidieran la llegadera a ese leva hijo'e don Pedro, porque ya la gente estaba espellejándolos . . . Asina tenía que ser el manijo con ese pécora que nunca me l'hecho güena . . . De quién creó usted qu'es lo que acab'e tener Mariquilla y que todo el mundo est'echándoselo a Prudencio el mío?..

—No diga! —interrumpió casi asustada ña Biviana.

—Güeno — continuó el viejo. Pero yo he d'ime a lo qu'iba: Melchor, el otro e mis mucha-

chos, se estao yendo estas noches atrás con una carbura a velar un tepescuinte que se había jartao tres o cuatro comederos, allí en el bajo di ustedes. La noche antes a la que lo tiró, por ahí di a las doces, dicen que pasaron por debajo'el palo ond'él estaba encajao aguardando el tepescuinte, dos bultos juntitticos, que se jueron a sentar no muy largo a la raíz del sotacaballo qu'está a l' orilla'el yurro. El pudo conocer por el sombrero alón al hijo'e don Pedro . . . y dice que la ris'e la muchacha . . . era la mesma que la de Licha.

No pudo terminar.

A ña Biviana, puesta en pie, le subió una avalancha de sangre a la cara que culminó con un llanto entrecortado y nervioso:

—Pocapena, con razón la gana d'ise a dormir sola al cuartillo pegao a la cocina . . .

Y salió trastabillando, inconsciente, sin oír las protestas, casi gritadas de hondo cariño por la familia de ñor Juan de Dios, con que el viejo curandero intervenía asustado, creyéndose poco discreto y presunta causa de una tragedia familiar.

## III

Días hacía ya, meses, que ñor Juan de Dios había echado de la casa a la pobre Licha, después de la obligada confesión en que jugó papel importantísimo la vaina de su realera; y no fue sino hasta que los ruegos de todo el vecindario lo acorralaron, cuando dió consentimiento para que la hija volviera a la casa.

—Pos que güelva . . . talvez así me quitó d'encima ese lloriquadero diario de mi mujer, que ya me tiene la cabeza como urrú.

Aquella misma tarde volvió Licha a la casa . . . Fue un abrazo con ña Biviana, largo, enternecedor, inacabable. La pobre vieja, de pocos meses a esta parte, había envejecido y se concluía gradualmente, tal el porrazo de Licha, la menor, tan buena, tan bonitilla, tan chispa . . . Quién iba a figurárselo? . . . Pero Dios hace las cosas y sólo El sabé por qué las hace.

La hija pudo dolorosamente, saborear su obra y desde aquel día no volvió a dejar que ña Biviana moviera una paja más y se echó encima, afanosa, callada y humilde, la carga ínte-

gra de aquella casa. Muy feliz, sin embargo, se hubiera sentido a no ser por el tormento aquel de que su tata, ñor Juan de Dios, no le atravesaba palabra. Y era que aquel viejo sencillo, pero honrado a carta cabal, se había ufánado hasta el envanecimiento, toda la vida, de sus otras hijas casadas, de las que nunca se dijo nada y dueñas de hogares honradísimos; y que Licha, la menor con Procopio, después de haberla chiniao como no lo había hecho con las otras, le pagara de esa manera. Ah, eso . . . eso no podría él perdonárselo nunca.

Mediaba Abril. Ese año anduvieron las aguas tempraneras. Apenas con el segundo aguacero, los potreros tostados se veían de alegres verdes.

Aquella tarde acababa ñor Juan de Dios de desenyugar y quitar el arado a su yunta: dos recios ejemplares, orgullo muy justo del viejo: sardo abarcinao el uno, josco candelillo el otro.

Procopio, ya de hacía siete meses bueno con el guayabo colorao recomendado por ñor Antolín, ayudaba a su tata a pelar la caña que los bueyes comían poco a poco.

—Sabes —dijo ñor Juan de Dios al hijo señalando el candelillo— que a este vua tener que picalo si sigue así; nada güeno me l' hace esa agachazón y'ese ojo tan triste . . .

Sin embargo, no logró que el rumiante comiera más. Le puso la mano en la frente y le ardía; le tentó las orejas, ya un tanto gachas y las tenía heladas.

—Procopio, vas a tener qu'ime a llamar a Lino pa que me veng'ayudar a picalo esta mesma tarde.

—Salía en aquel instante Licha de la puerta de la cocina. Iba con un canasto lleno de maíz cocío en un cuadril, a lavar lo en la acequia que pasaba por allí, cantarina, en la terminación del patio. Pobre Licha!.. Las enaguas, de un azul desteñido, ya le quedaban muy cortas por delante; y era que los efectos de los pasos nocturnos, de hacía siete meses, con don Gonzalo, allá en el bajo y a la vera del comedero del tepescuinte que tirara Melchor, venían cada vez más y más indiscretos, torturando la armonía del bello cuerpo de aquella muchacha campesina, casi una chiquilla.

De veras triste empezaba a



# La entrada de los santos

Por Francisco Gamboa Guzmán

El 30 de agosto, vísperas de San Ramón. Fiesta grande en mi tierra natal. Las anchas calles de la ciudad inundadas de luz, son escenario de un ajeteo desusado: corren las niñas bonitas detrás de la costurera (hay que ir al baile esta noche); corren también las señoras preparando aquellos platos que la costumbre manda hacer para ocasiones solemnes; en los alrededores del parque se escuchan los martillazos que dan los "chinameros" alistando las mesas de juego donde perderán su dinero los incautos o donde ha de venderse esos formidables "gallos", paso obligado en todo turno o fiesta a la tica; en su casa el señor polvorista pasa calamidades dando los últimos toques a su pirotécnica obra, que hará por la noche las delicias de grandes y chicos.

Hasta aquí, nada especial tiene la dichosa fiesta. Todos los turnos o fiestas patronales son semejantes en cualquier lugar de Costa Rica, talvez con la excepción del Guanacaste.

Pero las fiestas de mi ciudad natal tienen algo de particular, no porque sea exclusivo de ellas, sino por el simpático fervor con que se hace: es la entrada de los santos. De todos modos son poquísimos los pueblos que en

nuestro país conservan en su prístino sabor esta bela y pintoresca solemnidad religiosa.

Cada distrito o caserío del cantón tiene una imagen que es el objeto de su principal devoción. En medio de los montes en que el ramonense gana con titánico esfuerzo el pan de cada día, tal como lo mandó Dios, hay una rústica ermita donde el santo preside las oraciones de nuestro noble campesino. Cuando llega la festividad de San Ramón, es costumbre que todos estos santos vengan a visitarlo.

El día de las vísperas, entre nueve y diez de la mañana comienzan a llegar las comitivas por los diversos caminos que a la ciudad conducen. Algunos, que han venido muy temprano, tienen ya una casa en las afueras de la ciudad, donde al "santo" se le dará posada mientras llega la hora.

Los habitantes de cada distrito se encargan de traer la imágenita de su devoción. Vienen a pie, el "santo" en hombros. Algunos, de lugares muy lejanos, salieron de madrugada para poder llegar a tiempo. Los caminos están malos, y aquellos buenos feligreses vienen perdidos de barro. Durante la jornada ha sido necesario reforzar el estómago con unos cuantos "gallos"

y algún "trago" de buena ley. Uno de los muchachos hace estallar las bombetas, para que sepa la gente que ahí va "mi señor San Rafael".

Detrás de cada "santito", como los llama la gente, viene la "orquesta". Tres o cuatro sudorosos mocetones, llenos de barro, atacan furiosamente la ejecución de una jota, polka o pasodoble; los instrumentos son guitarras, violines, acordeones y mandolinas. Las piezas que con tanto calor tocan, son por lo general músicas venidas al país en tiempos de don Tomás de Acosta o algo así, que al pasar de padres a hijos han tomado el sabor de todo lo nuestro, y ya son nuestra música, aunque no falta alguna "orquesta" que toque el último corrido de moda, o el zapateado. Hay instrumentos que asombran por lo rústicos, y en materia de música, unos lo hacen bien, otros desafinan, pero todos ejecutan con un fervor que conmueve. Y tienen cada historia... En cierta ocasión el director de uno de estos improvisados conjuntos decía con mucha compostura al violinista: "Mirá Chepe, al llegar a la esquina de los Orliches, te parás en mí". (En la nota mi, se entiende).

Con tal acompañamiento, al ser las doce van entrando a la

ciudad. Las calles llenas de gente, la banda municipal parada al frente de la Iglesia entona un alegre son. Y los santos comienzan a llegar: por el camino de San Juan vemos llegar al Bautista; detrás viene el Dulce Nombre, diminuto y alegre en su vestido celeste; luego la Concepción de María, en hombros de piadosas mujeres campesinas; por otro lado llega, a paso largo, San Rafael Arcángel con su espada desnuda; le acompaña Santiago, que monta brioso corcel; allá lejos se escuchan las bombetas que anuncian la llegada de San Isidro Labrador. También llegan San Pedro y la Virgen de Piedades, la del Socorro y la de los Angeles, Santa Patrona de Costa Rica. Se acercan rápidamente. Rítmico bamboleo tiene su paso. La orquesta saca lo mejor de su repertorio y lo ejecuta con fervor y seriedad. Detrás de unas cuantas damas campesinas recitan a voz en cuello su interminable rosario. Bombetas y más bombetas forman un concierto ensordecedor con las orquestas, la banda y el bullicio de la multitud.

Llegan a la enorme iglesia, monumento a Dios y al trabajo de aquel pueblo tesonero. Los sones vigorosos se confunden en peregrina armonía.

A las doce en punto, cuando el sol calcina las cabezas, respetuosamente descubiertas, echan a vuelo todas las campanas, se abre la puerta mayor de la Iglesia, y aparece el Santo Patrono con su hermoso vestido rojo y blanco. Es el buen anfitrión que viene a recibir a sus invitados. La banda toca el himno del Santo, y un coro de chiquillos y mujeres lo canta a grito tendido... Y los "santos" van entrando... La fiesta ha comenzado.

sentirse ñor Juan de Dios con los progresos de la naciente morriña de su buey.

—Soy tan torció, que nu está zafo qu'el candelillo se me mueva.

Y pasó su mano cariñosa, acariciando el anca robusta de su infatigable compañero de trabajo que nunca en tantos años fue para cobrarle un salario, obediente, muy taciturno.

—De veras —intervino Procopio, creyendo acaso hacer una

gracia— qui ust'está torcido. No ve... tanto jodese usté la vez pasada por jallase la botija... y la que se la vino a sacar jué Licha... Y nu hay caso que s'espegue d'ella. No ve onde la lleva al frente, debajo el delantal? ...

A la sazón Licha volvía de la acequia con su maíz cocido bien lavadito. La burla acre y mordaz hizo su efecto. Ñor Juan de Dios, como un relámpago, desenvainó el cuchillo que pendía

de su faja y con un "desgraciao" que más que exclamación fue un quejido, arrolló al chiquillo de certero cinchazo.

Salió Procopio rodando por el patio; se paró dando alaridos y salió corriendo potrero abajo. A poco, allá en el yurro hasta donde había ido a parar, se serenó. Más había sido el susto que lo que le dolió el cinchazo.

—Por dicha a mama se le ocurrió hacem'estos calzones tan aguados de unos de tata que ya

no le quedaban, que si nu es por eso... no me paro del riatazo.

Mascullando así entre dientes sacó de sus calzones, más bien gregüescos, una flecha de hules y se internó en el bosquecillo que bordeaba el yurro, endonde los yigüirros, con cantos de una melancolía dulcísima, llamaban el aguacero que ya no caería esa tarde' así estuviera el cielo trágicamente caliginoso, atormentado por gruesos torrentes pizarrosos, zuluaguescos...

# La opinión pública

Por Mercedes Luque

Cuando se discurre con sentido crítico sobre cuestiones de índole moral, se advierten a poco que se ahonde, ciertas contradicciones en la forma de discenir de un crecido número de polemistas; los cuales exponen sus juicios como conclusiones irrefutables, como argumentos incontrovertibles por la firmeza de su exactitud.

En esos debates planteados a veces sin el respaldo de un atinado criterio o de una verdadera convicción, entran los que alardean con terquedad merecedora de más justa causa, de una absoluta despreocupación por todo cuanto a la opinión pública se refiere; y esto lo afirman con aires de superioridad, como elevados sobre el nivel de aquellos que decididamente difieren de su modo de sentir.

Estos sujetos, abroquelados en su indiferencia por todo cuanto de ellos se opine, sostienen con énfasis, como destruyendo toda probabilidad de discusión, que sus acciones no están subordinadas a la sanción del mundo; no están sujetas al fallo favorable o condenatorio del concepto público; ya que tan sólo su buen sentido y su conciencia son los exclusivos dictadores y reguladores de sus actos.

Los que con tal ingenuidad se expresan no se detienen a considerar, que el buen sentido, que en este caso tendría que ser un sentido superior, está expuesto a muy grandes y variadas alteraciones en razón directa con el ambiente, la educación, y el momento que se vive. No puede el hombre someter su carácter a la determinación de reglas fijas; ni menos juzgar su actuación de un día por la de siempre. Su mañana puede diferir de su ayer; toda vez que los impulsos accidentales no pueden prevalecer. Ya lo dijo Le

Bon: "El hombre de una circunstancia no es el hombre de todas las circunstancias".

Y en cuanto a la conciencia... ¿Qué es la conciencia? Ese algo abstracto, inmaterial, que se supone propiedad del espíritu, y al que se atribuye el conocimiento exacto y reflexivo del bien y del mal, si alienta dentro de nosotros, está expuesto también a flaquear como todo sentimiento humano. No sería suficiente por tanto esa misteriosa voz interior a determinar la circunspección de nuestros actos en aquellos momentos en que su eco fuera ahogado por el grito brutal de los sentidos.

Para desdeñar la opinión pública, tendría que poseerse un dominio personal superior en firmeza al de los demás seres. Habría necesidad de un sentido más amplio, un criterio más atinado, un proceder más recto que el del más austero de los hombres. Tendríase que estar a prueba de flaquezas, de tentaciones, de violencias. ¿Y existe acaso quien pueda ufanarse de poseer tan perfecto dominio de sus actos, tan inflexible rigidez de costumbres que para nada necesita acogerse a los preceptos de moral que regulan el mundo?

Ese, de tan rigurosa disciplina, ese, de tan absoluto imperio sobre sí mismo, que en su íntimo concepto no precisa de ajustarse a los cánones establecidos por la sociedad por no ser necesarios a la diáfandad de su vida, es justamente, sin tener conciencia de ello, el más alto exponente de obediencia a esas represivas leyes.

La lícita libertad de acción, es prerrogativa humana; y goza de ella ampliamente el individuo por derecho propio, por el derecho inalienable que le confiere la vida de la cual forma parte, y que ejerce bajo la protección de las

leyes que autorizan esa libertad. Mientras no se traspasen los límites que establece la corrección, en tanto ese derecho de acción se amolde a los principios morales que rigen la vida del mundo civilizado, puede el hombre moverse a entera satisfacción y deseo. Dentro de esa demarcación, sometidos a esas limitaciones, viven aquellos que proclaman a voces su absoluto desdén por las convenciones sociales...

La opinión pública, es el severo tribunal de honor donde se ventilan las acciones. Esa fuerza colectiva es la que obliga de manera imperiosa al fortalecimiento de la debilidad individual. Los principios morales son de naturaleza social. Es pues la sociedad la encargada de erigirse en juez y dictar su veredicto. De otro modo, sus componentes arrancarían de raíz los cimientos en que descansa el decoro.

La moral, en su estricto y básico sentido, es sólo una. Es el renunciamiento individual a hacer uso de aquellas libertades que caen bajo la reprobación de las leyes sociales. El ajustamiento a unas reglas que establecen las normas del honor y del respeto en las relaciones humanas.

No obstante, ese ético sentido se estrecha o se ensancha en relación con las costumbres de determinadas regiones y de determinados individuos. Cada pueblo como cada hombre tiene su moral. Hay tantas como seres pueblan la tierra. Podría decirse que es una cuestión de latitud y de conciencia.

Sentada esta premisa, vamos a suponer por un momento que el resto de la humanidad se acogiera de improviso a los comodísimos preceptos de esa legión de despreocupados. ¿Qué sucedería? Si desechásemos por inútiles ese código moral establecido por la so-

ciudad, esa norma que regula nuestros pasos, ese dique que refrena nuestro impulso, si cada ser humano pensara y actuara regido por su cabeza, de acuerdo con su moral —el más elástico de todos los conceptos— si no hubiera reglas establecidas a las cuales debemos por obligación de ajustar nuestra conducta, sometimiento enojoso pero indispensable para la buena marcha de la existencia y la seguridad de la familia, si no existiera ese dictamen social que nos ordena hacer no lo que queremos sino lo que debemos; ¿qué sería del mundo! ¿Cómo sabríamos cuál acción es loable y cuál punible en ese desconcierto universal en que el concepto del bien y del mal y todo cuanto de esto se deriva estaría sujeto a la voluntad individual? Eso sería el caos, el desquiciamiento, el retroceso a la era primitiva...

La naturaleza humana es una mezcla de defectos y virtudes; de bajezas y noblezas. Más, por sobre las buenas inclinaciones, imponen su dominio los instintos; estímulo insano, impulso animal, determinante de acciones reprobables e indeliberadas.

La abstención, como toda virtud restrictiva, va contra la ley natural de los impulsos. ¿Se abstendría el hombre de dar rienda a sus impetus si el temor a un justo desmerecimiento no lo contuviera? ¿Cuántas bajas acciones que no pesan en la balanza judicial se cometerían al amparo de la impunidad si la crítica inescorable no elevara su voz acusadora!

Podría esperarse todo, temerse todo, del hombre que viviera sin sujeciones. Esa libertad de acción ahogaría en él todo escrúpulo, todo sentimiento de honor, cuando el ardor de sus pasiones lo empujara irreflexivo a la inmediata satisfacción de sus antojos.

Afortunadamente, esos alardes de despreocupación no pasan de ser una baladronada; inocente fanfarronería de los que exponen juicios sin previo análisis del caso; ya que esa tesis tan cómoda en teoría se torna de imposible observancia en el terreno de la práctica.

Nadie es insensible a la opinión ajena; nadie es indiferente al concepto que inspire sea este cual fuere. Antes bien existe un natural y legítimo afán de merecer buena opinión del mundo; y a ese justo empeño se dedican los mayores esfuerzos. Por el presti-

# La opinión pública

Por Mercedes Luque

Cuando se discurre con sentido crítico sobre cuestiones de índole moral, se advierten a poco que se ahonde, ciertas contradicciones en la forma de discernir de un crecido número de polemistas; los cuales exponen sus juicios como conclusiones irrefutables, como argumentos incontrovertibles por la firmeza de su exactitud.

En esos debates planteados a veces sin el respaldo de un atinado criterio o de una verdadera convicción, entran los que alardean con terquedad merecedora de más justa causa, de una absoluta despreocupación por todo cuanto a la opinión pública se refiere; y esto lo afirman con aires de superioridad, como elevados sobre el nivel de aquellos que decididamente difieren de su modo de sentir.

Estos sujetos, abroquelados en su indiferencia por todo cuanto de ellos se opine, sostienen con énfasis, como destruyendo toda probabilidad de discusión, que sus acciones no están subordinadas a la sanción del mundo: no están sujetas al fallo favorable o condenatorio del concepto público; ya que tan sólo su buen sentido y su conciencia son los exclusivos dictadores y reguladores de sus actos.

Los que con tal ingenuidad se expresan no se detienen a considerar, que el buen sentido, que en este caso tendría que ser un sentido superior, está expuesto a muy grandes y variadas alteraciones en razón directa con el ambiente, la educación, y el momento que se vive. No puede el hombre someter su carácter a la determinación de reglas fijas; ni menos juzgar su actuación de un día por la de siempre. Su mañana puede diferir de su ayer; toda vez que los impulsos accidentales no pueden preverse. Ya lo dijo Le

Bon: "El hombre de una circunstancia no es el hombre de todas las circunstancias".

Y en cuanto a la conciencia... ¿Qué es la conciencia? Ese algo abstracto, inmaterial, que se supone propiedad del espíritu, y al que se atribuye el conocimiento exacto y reflexivo del bien y del mal, si alienta dentro de nosotros, está expuesto también a flaquear como todo sentimiento humano. No sería suficiente por tanto esa misteriosa voz interior a determinar la circunspección de nuestros actos en aquellos momentos en que su eco fuera ahogado por el grito brutal de los sentidos.

Para desdeñar la opinión pública, tendría que poseerse un dominio personal superior en firmeza al de los demás seres. Habría necesidad de un sentido más amplio, un criterio más atinado, un proceder más recto que el del más austero de los hombres. Tendríase que estar a prueba de flaquezas, de tentaciones, de violencias. ¿Y existe acaso quien pueda ufanarse de poseer tan perfecto dominio de sus actos, tan inflexible rigidez de costumbres que para nada necesita acogerse a los preceptos de moral que regulan el mundo?

Ese, de tan rigurosa disciplina, ese, de tan absoluto imperio sobre sí mismo, que en su íntimo concepto no precisa de ajustarse a los cánones establecidos por la sociedad por no ser necesarios a la diafanidad de su vida, es justamente, sin tener conciencia de ello, el más alto exponente de obediencia a esas represivas leyes.

La lícita libertad de acción, es prerrogativa humana; y goza de ella ampliamente el individuo por derecho propio, por el derecho inalienable que le confiere la vida de la cual forma parte, y que ejerce bajo la protección de las

leyes que autorizan esa libertad. Mientras no se traspasen los límites que establece la corrección, en tanto ese derecho de acción se amolde a los principios morales que rigen la vida del mundo civilizado, puede el hombre moverse a entera satisfacción y deseo. Dentro de esa demarcación, sometidos a esas limitaciones, viven aquellos que proclaman a voces su absoluto desdén por las convenciones sociales...

La opinión pública, es el severo tribunal de honor donde se ventilan las acciones. Esa fuerza colectiva es la que obliga de manera imperiosa al fortalecimiento de la debilidad individual. Los principios morales son de naturaleza social. Es pues la sociedad la encargada de erigirse en juez y dictar su veredicto. De otro modo, sus componentes arrancarían de raíz los cimientos en que descansa el decoro.

La moral, en su estricto y básico sentido, es sólo una. Es el renunciamiento individual a hacer uso de aquellas libertades que caen bajo la reprobación de las leyes sociales. El ajustamiento a unas reglas que establecen las normas del honor y del respeto en las relaciones humanas.

No obstante, ese ético sentido se estrecha o se ensancha en relación con las costumbres de determinadas regiones y de determinados individuos. Cada pueblo como cada hombre tiene su moral. Hay tantas como seres pueblan la tierra. Podría decirse que es una cuestión de latitud y de conciencia.

Sentada esta premisa, vamos a suponer por un momento que el resto de la humanidad se acogiera de improviso a los comodísimos preceptos de esa legión de despreocupados. ¿Qué sucedería? Si desechásemos por inútil ese código moral establecido por la so-

cialidad, esa norma que regula nuestros pasos, ese dique que refrena nuestro impulso, si cada ser humano pensara y actuara regido por su cabeza, de acuerdo con su moral — el más elástico de todos los conceptos — si no hubiera reglas establecidas a las cuales debemos por obligación de ajustar nuestra conducta, sometimiento enojoso pero indispensable para la buena marcha de la existencia y la seguridad de la familia, si no existiera ese dictamen social que nos ordena hacer no lo que queremos sino lo que debemos; ¿qué sería del mundo! ¿Cómo sabríamos cuál acción es loable y cuál punible en ese desconcierto universal en que el concepto del bien y del mal y todo cuanto de esto se deriva estaría sujeto a la voluntad individual? Eso sería el caos, el desquiciamiento, el retroceso a la era primitiva...

La naturaleza humana es una mezcla de defectos y virtudes; de bajezas y noblezas. Mas, por sobre las buenas inclinaciones, imponen su dominio los instintos; estímulo insano, impulso animal, determinante de acciones reprobables e indeliberadas.

La abstención, como toda virtud restrictiva, va contra la ley natural de los impulsos. ¿Se abstendría el hombre de dar rienda a sus impetus si el temor a un justo desmerecimiento no lo contuviera? ¿Cuántas bajas acciones que no pesan en la balanza judicial se cometerían al amparo de la impunidad si la crítica inexorable no elevara su voz acusadora!

Podría esperarse todo, temer todo, del hombre que viviera sin sujeciones. Esa libertad de acción ahogaría en él todo escrúpulo, todo sentimiento de honor, cuando el ardor de sus pasiones lo empujara irreflexivo a la inmediata satisfacción de sus antojos.

Afortunadamente, esos alardes de despreocupación no pasan de ser una baladronada; inocente fanfarronería de los que exponen juicios sin previo análisis del caso; ya que esa tesis tan cómoda en teoría se torna de imposible observancia en el terreno de la práctica.

Nadie es insensible a la opinión ajena; nadie es indiferente al concepto que inspire sea este cual fuere. Antes bien existe un natural y legítimo afán de saber una buena opinión del mundo; y a ese justo empeño se dedican los mayores esfuerzos. Por el presti-

# H. van Loon

## y la descendencia del hombre

Por Francisco Hernández Urbina

...Henrick van Loon ha escrito un libro —La Historia de las Invencciones—, que todo el mundo debe estudiar. Es un libro sugerente, didáctico y ameno, y está expuesto con riguroso y claro método histórico. Ni el dogma ni la fantasía asoman en él, demostrando con ello —el autor— que esos dos elementos no merecen aceptación cuando se trata de ahondar en problemas serios, como lo son los concernientes a la Historia y al esfuerzo del hombre por dominar la Naturaleza.

Todos los capítulos de esta singular obra de van Loon son formidables. Pero el que más me interesa recordar es el relacionado con el origen y descendencia del hombre.

Muchas gentes, algunas de ellas civilizadas, amparadas en Antropologías y Sociologías paradas, o en capítulos de una obra milenaria, embevesada, sectaria y abstrusa, han pretendido expli-

car el origen de la famosa criatura que un día se autonombre *hombre*. Pero ninguna de esas gentes ha sido afortunada en dicha labor, por lo que en nada han contribuido al reclamo de la mayoría dinámica de la sociedad, ni mucho menos a la exigencia de la Ciencia y de la Filosofía Científica.

Hendrick van Loon está infinitamente lejos de esas gentes. El es un sabio, y lo es, por la universalidad y precisión de sus conocimientos; por la flexibilidad y variedad de sus ideas; por la emocionante sencillez de su exposición y por la maravillosa aptitud para crear imágenes, conceptos y giros. La obra que comento, lo mismo que la interpretación de la Biblia y todas las que ha escrito, justifican mi aseveración.

En el origen y descendencia del hombre asegura van Loon, que cuando se empieza a com-

prender que “nuestros antepasados necesitaron alrededor de 500.000 años para aprender a caminar con sus miembros posteriores”, “nos sentimos más dispuestos a mostrarnos tolerantes con nuestros contemporáneos, cuando tardan más de lo que esperábamos en resolver algún problema de importancia, y además adquirimos un mejor punto de vista con respecto a nosotros mismos. Dejamos de parecerlos enormemente importantes”. Entendemos que somos simples advenedizos o “criaturas que sólo aparecimos en la superficie del planeta millones y millones de años después de la llegada de la mayoría de los demás seres”, aun cuando hoy seamos los verdaderos directores del Universo . . .

No importa —dice van Loon— ignorar pequeños detalles relativos a las fases que hubo de atravesar la Naturaleza “para llegar

a esta hermosa conclusión bípoda”. La verdad es que todo comenzó cuando la corteza de nuestro planeta se enfrió lo suficiente, como para garantizar “el origen de cierto tipo de vida”. Realizada esta parte del vasto fenómeno, la Tierra fue rápidamente poblada por una variedad insospechable de plantas y una multitud de criaturas ciegas, provistas de armaduras, que sumergían su existencia en el agua “y que fueron los dueños indiscutibles del mundo”. Algunas de tan horripilantes criaturas no hay duda que vivieron fieles al mar y que, en el decurso de las edades, llegaron a ser los padres de los peces que tanto enfosforan hoy el cerebro humano. Otros conquistaron el aire mediante el desarrollo de sus alas y pasaron a ser los auténticos abuelos de los pájaros modernos.

Se sabe también que otros seres, parientes cercanos de los lagartos y las serpientes de hoy, crecieron de tan extraordinaria manera, que sus contemporáneos instintivamente han de haber supuesto —claro que entre más primitivo es un ser más se equivoca— qué, como los nazis actuales, iban a destruir el planeta. Mas estos seres, como otros que sería prolijo enumerar, hubo un minuto en que ni para remedio fue posible encontrar uno. ¿Cómo fue su muerte? “¿Por qué sobreviven solamente en ediciones de bolsillo?”. Es una cuestión que nadie sabía hasta hace unos pocos años. Y nadie lo sabía, porque

gio del nombre, por respeto a la propia personalidad, se sacrifican muchas satisfacciones y deseos que de otro modo no fueran refrenados.

El sometimiento a los dictados sociales, es el precio al derecho de ocupar un puesto en el seno de la comunidad. El respeto a la sociedad es el tributo que se paga por el honor del nombre.

La opinión pública, es un instinto abstracto, colectivo, que marcha al compás de los acontecimientos. Red impalpable y recta que envuelve la vida con sus mallas no por intangibles menos opresoras. Ese rumor sordo, esa voz impersonal, esa crítica anónima que lo mismo eleva hasta la

cumbre como empuja hasta el abismo, es fuerza directora a la vez que restrictiva. La severidad de su juicio atemoriza, pone freno, impulso, y hace cautos los pasos y firme la conciencia del hombre que se cuida de su reputación.

En todos los órdenes sociales la humanidad tiende a relacionarse y a medida que son mayores la ambición y la capacidad individual, mayormente se tiende a desenvolver la personalidad por medio de escogidas relaciones necesarias para el relieve de esos intrínsecos valores. Esto deja demostrado que necesitamos del mundo; y esa forzosa dependencia crea la necesidad de transi-

gir; que es ya el principio de un tácito acatamiento a sus dictados.

En la gran familia humana, en la forzosa convivencia con los demás seres, el que no se cuidara de cimentar respetos sería un paria, disociado por completo de ellos; y esto haría insostenible la existencia. El hombre necesita del hombre. Para escapar de la vida de relación tendría que escapar de sí mismo. De ahí, la necesidad de plegarse a los convencionalismos; claudicación dolorosa pero de todo punto indispensable.

A lo más que puede llegarse, es al ajuste equilibrado de un término medio; en el que sin abdicar del derecho de acción que corresponde a todo ser libre y

capacitado, sin someter totalmente la vida a las exigencias de la sociedad a veces rancia y ridícula a causa de su exagerado puritanismo, se amolden razonablemente las acciones a las convenciones sociales del ambiente en que se desenvuelva la vida.

Pero de eso a pensar que se pueda vivir sin sujeciones, hay un abismo. Todos, absolutamente todos, somos esclavos de los prejuicios sociales por muy aplastantes que estos sean. Los que se jactan de irreductibles, los sustentadores de esas tan peregrinas teorías, son los primeros en doblegarse —tal vez sin advertirlo— a ese instinto opresor y colectivo que se llama OPINION PUBLICA.

el hombre es a veces un animal perezoso. Pero cuando deja de serlo llega, incluso, a comprender que la muerte de aquellos gigantes de antaño no tenía — como no la tendrán los de hoy — “una causa única, sino que existía un cúmulo de razones complicadas y recíprocas y que la irrevocable ley de la inversión de las cosas que rige la materia, tenía mucho que ver con aquel cambio” . . .

— 2 —

El proceso de liquidación de los gigantes de antaño es un fenómeno que al estudiarse emociona e inquieta todavía. Afirma van Loon, que los dueños de los esqueletos ridículos que nos muestran los dientes en las vitrinas de algunos países no eran juguetes diminutos. Por eso, me parece, no era fácil cruzar una broma con ellos, como hoy sucede a veces con algunos diplomáticos — verdaderos mamuts de la política internacional — aunque después nos arrepintamos. La monstruosidad física y, sin duda alguna, mental, de los gigantes de ayer era tal que la misma Tierra, para no “traquear”, tuvo que

socarse bien sus fajas — los paralelos y meridianos —, así como fortalecer su columna vertebral — el eje. Y cuando tomó esta decisiva medida de resistencia, en afán de sobrevivir, las criaturas monumentales, “fueron aumentando su volumen y reduciendo sus caparazones hasta que ya no pudieron andar y se encontraron condenados a vadear en el barro y el limo de las inmensas extensiones pantanosas que en aquel período de la historia de la Tierra cubría la mayor parte de la superficie terrestre, sin ofrecer alimento más sustancioso que sus cañas y sus algas. Cuando entonces se produjo un cambio de clima — y tales cambios repentinos y violentos podían entonces producirse más fácil y frecuentemente que en la actualidad, debido a la distribución más equitativa de los continentes y océanos que en el presente — esos monstruos de tardía inteligencia no podían volver a la tierra ni tampoco al mar en busca de nuevos medios de vida. Así quedaban condenados a perecer de manera tan inexorable y definitiva, que de los incontables millones de saurios, que por espacio de millones de años habían sido dueños indiscu-

tibles de nuestro planeta, no vivió uno solo para presenciar la llegada de los grandes mamíferos y asistir a la APARICION FINAL DEL HOMBRE . . . ”

— 3 —

La misma Naturaleza, entonces, había formado el clima, había creado las condiciones necesarias, para que pudiera nacer el héroe de la Historia. Pero cuando este nuevo ser gesticuló por primera vez, estaba muy lejos de parecerse a un héroe. Por el contrario, su figura era semejante a la de los chimpancés, orangutanes y babuinos. Esto es, que casi se confundía, como dice van Loon, con esos vecinos cuyos gestos, a pesar de todo, nos desconciertan cuando nos “contemplan con profunda e irónica melancolía desde las jaulas de los jardines zoológicos”. Probablemente sea esta crisis anímica la que haya hecho pensar a más de un sabihondo, que el hombre francamente descende del mono. Y no es cuestión; el hombre descende del mono — dicen todavía algunos maestros de la vieja guardia, pretendiendo erigirse en intérpretes de Darwin,

en aquello del *origen de las especies por selección natural*. Pero van Loon, más seguro y menos pedante, dice: “No quiero en manera alguna dar a entender que la raza humana descende de uno de esos monos de grotesco parecido humano y mucho menos aún que los seres humanos sean meros gorilas que se han desenvuelto prodigiosamente a través de los siglos que tienen motivos para avergonzarse de sus infortunados abuelos. Esto simplificaría demasiado la cuestión del origen del hombre. Pero de acuerdo con los datos más seguros de los cuales disponemos, millones de años atrás, chimpancés, gorilas, orangutanes, babuinos y nosotros mismos tuvimos un antepasado común. Una parte de la familia evolucionó hacia ciertas formas algo más hermosas, algo más altas y acaso más nobles, mientras que las otras ramas se conformaron con quedarse exactamente tales cuales eran en los tiempos del mastodonte y del oso de cavernas: grandes criaturas pesadas y torpes que moran en las oscuras profundidades de las selvas o que se han dejado cazar y enjaular para ser exhibidos an-

# Compañía Bananera de Costa Rica

## AGENTES: UNITED FRUIT COMPANY

## GRAN FLOTA BLANCA

Para informes referentes a asuntos de pasajes y fletes, favor dirigirse

a nuestras oficinas situadas 100 vs. al Norte del Hotel Oriental

Teléfonos: 3156 - 5302

# Desventuras del español en Tiquicia

Por Lilia Ramos

Hoy, un poco menos abrumada por mis labores voy a participar en una discusión añeja y muy constructiva. La han sostenido autoridades en la materia y de ahí que, sin serlo, yo me sienta con anhelo de opinar.

El lenguaje es la adquisición psíquica de más importancia en el proceso formativo del hombre; es el instrumento para sus relaciones humanas, para asimila-

lar una cultura y para transmitirla. Además, es la base de mayor cuantía en el aprendizaje de otros idiomas. En uno de mis libros inéditos. Psicoterapia en el Hogar, y en la lección sobre la tartamudez, digo:

Muchos individuos ignoran que el modo de hablar de cada uno, está de acuerdo con su manera característica de conducirse. De ahí que las ciencias

psicológicas estimen que el lenguaje es una forma de comportamiento. Y unas líneas después, agrego: si él sirve para comunicarse con los semejantes, resulta fácil comprender su deformación, al fracasar los contactos personales del sujeto.

Mi corto prefacio reitera la trascendencia de la discusión de los doctos que muchos necios consideran estéril y ridícula. e

indica la complejidad del tema.

Por eso, únicamente señalaré algunos juicios que espero susciten el interés de otros amadores legítimos de nuestra rica y muy bella lengua materna.

Me niego a someterme a los dictados de la Academia. Antaño, al iniciar mis actividades literarias procuré seguirla. Pero, al darme cuenta de su espíritu conservador —se ha flexibilizado un poco—, de algunas vacilaciones —recuérdese la historia del vocablo Xátixa—, de la complicación de pautas sencillas, prescindí de sus servicios. Siento que los puristas exagerados carecen de una autoconfianza de temple, pues se meten dentro de normas severísimas para obtener alguna seguridad; la consiguen, mas no pueden ser espontáneos. El resultado es un producto frío y sin gracia, o ambiguo. También considero que los violado-

te sus atónitos primos de las grandes ciudades, como una tremenda advertencia del destino que aguarda a todos aquellos que son demasiado haraganes, incompetentes o necios para emplear en su mayor provecho las oportunidades que se les presentan”.

Ante tan brevísima y lógica discusión, no queda sino aceptar —y un día tendrán que proclamarlo así hasta las sectas feudales, so pena de sucederles lo que al final acaba de decir van Loon— la doctrina de Darwin.

Pero la cosa no termina ahí. El propio Darwin enseña, que hacia la terminación de la era terciaria y en un punto de la zona tropical del Océano Indico, vivían unos simios antropoides, de barbas y orejas en punta, cubiertos de pelos y que habitaban en los árboles. Esta es la etapa del hombre arborícola y de larga cola que forzosamente tuvo que atravesar, para luego ascender a la dignidad de gran señor del mundo bípedo. En dicha etapa era un acróbata admirable, que al saltar considerables distancias sin el menor error, podía burlar el acecho de los monstruos enemigos suyos.

Pero un día la Tierra sufrió un nuevo cambio, hace alrededor de 10.000 años, dicen las geológicas buenas. Consecuencia de ello

fue el retroceso de las aguas, el aumento de las tierras y la disminución de la temperatura por la pérdida de humedad de la atmósfera. Las selvas, antes impenetrables, fueron dejando anchas brechas; y los bosques empezaron a rodearse de praderas y llanuras y montañas de nevadas cumbres. Como hasta entonces su vida había sido relativamente fácil, ahora, se veía obligado a abandonar los árboles y caminar por el suelo en posición más o

menos erguida, ya que la cola le era un tremendo estorbo. Esto marcó el paso supremo de la transición del mono al hombre, según la real concepción darwiniana. Luego empezó a cumplirse la infalible ley de la supervivencia del más apto, pues mientras el resto de los seres simianos eran sometidos a lo inevitable, los más inteligentes se prestaban a la lucha. Fue entonces —concluye van Loon— cuando nuestra especie pasó por

al crisis más severa y se decidió de una vez por todas el porvenir de la humanidad. Y fue también cuando el primitivo antepasado del hombre, al usar su mano, se transformó en inventor”.

Por eso, repito, que es de suma importancia conocer este libro de Hendrick van Loon —La Historia de las Invenciones— y todas las que ha venido dando a la Ciencia, a la Filosofía, a la Historia y a la Sociedad...



# ZEPOL

## UNGUENTO BALSAMICO

contra:

**DOLORES, RESFRIADOS, QUEMADURAS DE SOL, PICADURAS DE INSECTOS, ETC.—**

Ahora fabricado con productos balsámicos blancos y refinados.

**NO MANCHA - NO SE EVAPORA**  
DE ACCION MEDICINAL PROLONGADA

Fabricado únicamente por: **LABORATORIOS ZEPOL LTDA.**

res de todos los principios gramaticales —por faltarles otras válvulas de escape a su ansia de libertad, por exhibicionismo, etc., evidencian también un estado de incertidumbre más serio que el de los anteriores. Los primeros llegan a la cursilería en su afán depurativo; los segundos, a la vulgaridad o al caos, en su desdén por muchos preceptos dignos de respeto.

Hay otras causantes de los últimos fenómenos apuntados: que al autor carezca de meollo o de saber. O bien, que con su elaboración pretenda engañar ¿Qué párrafo enjundioso le dedica el original escritor Juan R. Sanabria, un abogado que está saliendo a la prensa-manía concionabunda”—, con unos logogrifos o misivas en galimatías. Aquel ilustre ensayista anuncia que está completando una colección de “infinitos dislates” del Sr. que nos gobierna (?) Acopié numerosos durante su campaña política; los creía un medio de hacerse el festivo a sus humildes escuchadores. Luego, comprobé que era su idioma hispano habitual. Diz que habla muy bien el catalán y el inglés y me interrogó: ¿lo seducen ambas lenguas cuando emplea la nuestra?

Dejaré para otro capítulo mi pensar en relación con el origen de las desdichas del español en Tiquicia. Algún lector curioso se preguntará: ¿Qué sugiere la autora de estas líneas? ¿Adónde va? Hasta aquí, sólo nos ha dado una introducción y unos comentarios. Respondo:

Me estimula un deseo egoísta: relatar concisamente mis ahincos en la faena de escribir. Tal vez logren ser de alguna utilidad para jóvenes con impulso érgico y en ese camino, el de la prosa, que he transitado con cálido entusiasmo.

Mis antorchas: las muy diáfanas enseñanzas de don Carlos Gagini en su labor docente, y las eviternas de su gramática y otros libros. Y don Miguel de Unamuno con los suyos y una anécdota que fue incentivo muy vigoroso. En su ensayo “Sobre la lengua española”, aconseja:

“Escribe como te dé la real gana, y si dices algo de gusto o de provecho y te lo entienden y con ello no cansas, bien escrito está como esté; pero si no dices cosa que lo valga o aburres, por castizo que te repunte, escribes muy mal, y no sirve

darle vueltas, que es tiempo perdido. Y en cuanto a lo de aburrir, no olvides que más pesada que un galápago, es una ardilla dando vueltas en su jaula”.

Capmany dijo enfáticamente: “más de la mitad de la lengua castellana está enterrada”. Y el Buho de Salamanca añadió: “Enterrada viva”.

Entonces comencé a anotar uno que otro vocablo anticuado e indispensable, más bello o preciso que los de mi archivo, para usarlo. Y la exhumación idónea es trabajo fructífero: no sólo enriquece mi vocabulario, sino que me permite una rectificación de significados, de matices. En la búsqueda, caí en poder de la acrobología, disciplina que me encanta y que, a veces, me brinda la ocasión de reír: cuando leo páginas de “escribidores” con pretensiones académicas, confirmando a palabras el sentido que no tienen, deformando otras y . . . hasta inventándolas a la manera esquizofrénica. Porque esos autorcillos padecen de diccionariofobia

y van ilustrándose de oídas . . . algunos dan la sensación de no haber ido más allá de cuarto grado.

Casares —¡qué mina!—, Uteha y Larousse-amigo inseparable de Unamuno—, me guían . . . Otros cooperan cuando hallo términos o locuciones que despiertan mis dudas. Y un aforismo de Goethe, me acompaña siempre: “dar el lado asequible y ameno”, que se funde o completa con la idea unamunesca: “decir algo de sustancia o de gracia”. Logré conquistar la claridad en mis años de aprendizaje como educadora; además, hace mucho tiempo formulé varios propósitos con el fin de ir mejorando la expresión oral y escrita de mis pensamientos:

1º Limar con esmero para conseguir la precisión.

2º Suprimir lo innecesario sin prejuicio de la nitidez.

3º Cuidar la forma para aliviar el peso de la lectura.

4º Abandonar el miedo a alejarme de las autoridades retró-

gradas y entregarme a una libertad moderada.

Así me doy el lujo de cambiar el oficio a palabras, de crear las que juzgo indispensables y que todo el mundo entiende porque provienen de vocablos castizos de su dominio. Usar algunas proposiciones y una puntuación que, en oportunidades, van contra la ley y una ortografía que está pasando de moda.

5º Evitar los extranjerismos inútiles, salvo cuando me faltan sinónimos o aquéllos se han vendido con traje hispano o son más eufónicos que los nuestros.

En libros, ensayos y monografías de carácter didáctico, reitero conceptos porque así lo exigen los temas o la urgencia de grabarlos en la mente del lector.

Ojalá que mi intervención sea un nuevo aro en la cadena de esta controversia de beneficio público. ¿Pondrán unos eslabones Julián Marchena y Abelardo Bonilla? ¿Continuarán en su lid los eruditos que se ocultan detrás de seudónimos . . . los mismos que encendieron la yesca?

## Leyendo novelas policiales

Por ALFONSO REYES

Es cierto que leo novelas policiales. Pero no lo disimulo ni me avergüenzo de ello. En el último artículo de *Los trabajos y los días* he dado mis razones. Las huellas de estas lecturas creo yo que pueden descubrirse en varias páginas de mis libros. No sólo en la sección de Cine (el Cine de aquellos años remotos) que consta en la segunda serie de mis *Simpatías y diferencias* o en otros lugares dispersos, sino, por ejemplo, en estas *Burlas Veras* a propósito de las cuadras entre las familias inglesas (“Hay caballos y caballos”: Josephine Tey, *Come and kill me*), sobre la magia blanca. (“Yo mago”, Bill S. Bellinger. *The Tooth and the Nail*) o en las *Memorias de cocina y bodega*, a propósito de la cocina norteamericana (Rex Stout, *Too many cooks*).

A este respecto, debo completar mis noticias gastronómicas con esta receta del “fricassé a la Raoul”.

Se corta en pedazos un conejo tierno, y se doran los pedazos al fuego embarrados de mantequilla. Se bañan en una copita de coñac y se prende fuego. Al apagarse las llamas azules, espolvoréese todo de harina, sal y pimienta. Después, media botella del mejor vino blanco, una taza de caldo de pollo, una ramita de tomillo, dos hojas de laurel, unos pellizcos de perejil, unas cuantas aceitunas verdes bien picadas, una docena de cebollitas blancas (Cambray), un diente de ajo y jamón en cubitos. Cuézase una hora y añádase algunos hongos. Lo mejor será acompañarlo con blanco, por ejemplo: *Folle Bran-*

*che*. —Lawrence G. Blochman. *Recipe for Homicide*.

Y, en efecto, después de esto, es fácil morir. Aunque, como dice José Vasconcelos, la civilización comienza con los guisos y salsas.

Pero algunas curiosidades más suelo espigar en estas novelas. Cuando yo era niño, por toda la calle de Hidalgo, en Monterrey, yendo de mi casa hacia el centro, me divertía mucho leer las grandes letras de la fotografía Langrage que cruzaban la calle; pero yo las leía al revés: AIFAR-GOTOF. Lo que desde luego me recuerda ahora al muchacho, en el *David Copperfield*, que lee al revés el letrero de la vidriera de un café: EFAC. Pero también encuentro el tema en mis clásicos: en Carter Dickson, *Mis mujeres muertas*, hay un sujeto que

# M. A. Z. y el Centro Intelectual Editor

(Un momento interesante en la historia de la literatura nacional).

por Carlos Luis Sáenz

Reorganizada —con fervor y entusiasmo— la norma de convivencia democrática en el país, después de la caída de “Los Tinoco”, el ambiente nacional fue propicio—por su característica de invitación a reanudar y engrandecer la vida democrática de la Patria— a las manifestaciones creadoras de los que por entonces éramos jóvenes plenos de ideales.

El sentimiento común de “surgir”, de dar nuestra contribución personal con vistas al progreso integral de nuestro país, nos llevó a juntarnos, a tratarnos, a conocernos, a reafirmar amistades iniciadas en la adolescencia y a hacer otras nuevas —y fecundas— amistades.

En San José el eje de “nuestro” grupo fue MAZ., Marco Aurelio Zumbado Rodríguez. Su entusiasmo —tan ingenuo— su tolerancia, su generosidad cordial, le permitían cohesionarnos e impulsar la obra común.

En su oficina de la Tributación Directa (altos del Correo Central), en su casa de habita-

ción— donde algunos de nosotros por temporadas tuvimos techo y familia— nos juntaba MAZ y en esas juntas, tras de largas, interminables discusiones, iban tomando forma los proyectos juveniles, algunos tan descomunales como la pretensión que tuvimos de fundar nada menos que una Religión Universal pagano-cristiana.

El grupo era amplio y diverso; a los convivios frecuentes asistían Moisés Vincenzi, Pablo Zelaya Sierra, Rafael Estrada Carvajal, Raúl Villalón Montero, Carlos Luis Sáenz E. y el infatigable e infatigable MAZ. También pertenecían o figuraban en el grupo León Pacheco y Guillermo Padilla Castro, quienes pronto partieron para Francia.

Si MAZ fue el amalgamador del grupo, que tomó el nombre de Centro Intelectual Editor, Vincenzi tomó la dirección intelectual, por acuerdo tácito de todos los demás cuando reconocimos su maestría en más de una de las disciplinas que tratábamos de cultivar y sobre todo en ma-

terias de filosofía y letras. Además, Vincenzi era quien por entonces tenía más obra literaria realizada y publicada y quien más había impulsado la creación literaria en otros jóvenes escritores, como en los casos de Aníbal Reni y de José Francisco Villalobos. Por otra parte Vincenzi nos admiraba con sus amistades literarias: tenía correspondencia con Chocano, con Vasconcelos, con Varona; era amigo de Médez Bolio y de Froilán Turcios . . . La dirección natural ejercida en el grupo por Vincenzi no fue la de arrebañarnos, sino todo lo contrario, la de criticarnos e impulsarnos a buscar cada uno su propio camino, con esfuerzo y con originalidad.

Entre las actividades del grupo la principal fue la de continuar, ampliar y poner al día la cultura personal (no teníamos Universidad). Con el aporte de cada uno dispusimos de numerosos libros antiguos y modernos; de ciencia y letras, de arte y de economía, etc., etc. Leíamos en grupo y leíamos particular-

mente y luego nos juntábamos a hacer la crítica de lo leído con una seriedad que envidiarían los sabios de la Corte de Alfonso X.

En las discusiones de las lecturas se destacaban como “potencias” en cuestiones de estética, estilo y filosofía, Vincenzi y Estrada; en educación, Vincenzi y Sáenz; en artes, Amighetti, Zelaya Sierra y el hoy doctor Vargas el psiquiatra.

Para darle un sentido social más extenso a las inquietudes del grupo realizáronse varias empresas: la publicación de libros de los que iban haciendo obra: de Vincenzi, *Crítica Trascendental* y *Ruinas y Leyendas*; de Raúl Villalón, *Preludios* y *La Selva de Pan*; de Napoleón Pacheco (León Pacheco) *Meditaciones*; de Rafael Estrada, *Huellas* y de Rafael Cortés Chacón, *Ofrenda de las Horas*. (Ahora no sé qué milagro nos permitió realizar la parte económica de esas publicaciones).

Al mismo tiempo que íbamos editando esas obras mantuvimos una revista mensual “SPARTI” (la cual alcanzó a ver la luz unas veinte veces). La publicación de la revista fue fecunda para el grupo pues nos puso en contacto con muchos de los movimientos culturales de la América Latina, con muchos intelectuales de Centro América, de México y de la América del Sur. También con las modas o corrientes literarias francesas y españolas: León Pacheco y Padilla Castro, desde Francia y Bélgica, nos enviaban colaboraciones en las que presentaban esas nuevas corrientes modernistas. Zelaya Sierra, y Paco Rodríguez Ruiz— quien también se había integrado al grupo antes de su primer viaje a España— nos te-

escribió un libro sobre bebidas bajo el nombre RAB NOLAS. (Léase, al revés: “Bar-Salón”).

A veces los asuntos son tan objetables y escabrosos que prefiero dejar este pasaje en inglés:

...for all women-kind are more or less prone to hysteria: but where as the normal woman tends to laugh and cry, the weaker vessels develop inexplicable diseases, with a tendency to social reform and emancipation. — R. Austin

Freeman. *The Silent Witness*.

En ocasiones, damos con toques de estilo dignos de nota, como éste que parece recordar los dibujos animados de “Pluto”:

...ojos tan acariciadores como la lengua de un perro. — John Dickson Carr, *The Corpse in the Wax-Works*.

Y éste, de la misma procedencia, que me hace pensar en cierto pasaje de Empédocles: “No hay ojo más aterrador que el ojo sin cerebro”.

Lo que me viene a explicar por qué mi hijo, de muy pequeño, sentía horror por los ojos de los muñecos, e invariablemente los alejaba con las manitas.

Realmente, este autor es una mina. He aquí otra pepita de oro:

...¿sabe usted cuál es el secreto del poeta? Comienza usted con cualquier idea que se le haya ocurrido, y luego las exigencias de la rima lo fuerzan a decir algo muy distinto,

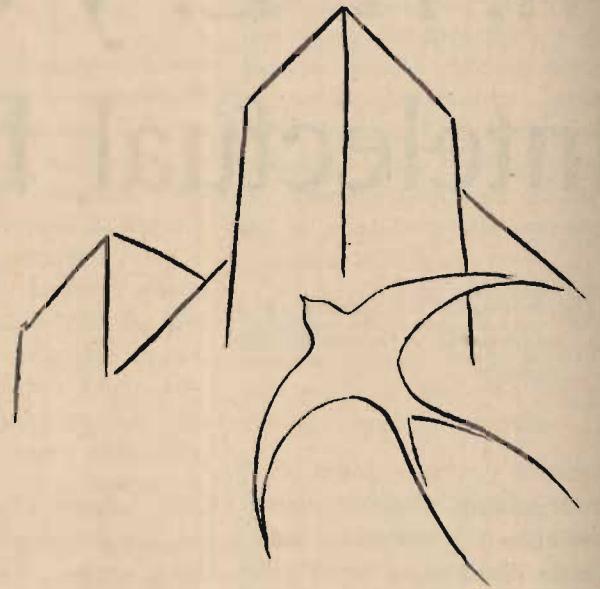
y siempre mejor que lo discutió por usted. Y a esto se llama inspiración. — John Dickson Carr. *The Lost Gallows*.

Lo cual, sin remedio, nos hace pensar en los versos automáticos que fabrica cierto personaje de Jules Romais (*Los hombres de buena voluntad*), a fuerza de léxico y diccionario de la rima; y aún parece una caricatura de ciertas discusiones en torno a Paul Valéry.



Versos de abuelo

# mi ingenierito



Ingeniero...! Ingeniero...!  
La severa voz de mando  
es la de una personita  
que apenas cuenta tres años.

Ingeniero...! Ingeniero...!  
Y díay...! no viene al trabajo?  
Tenemos que hacer un río!  
No oye que lo estoy llamando?

Corro presto a obedecerlo  
que él no permite retardos,  
pues bien sabe que es mi jefe,  
y más que mi jefe, mi amo.  
Y al solar nos vamos juntos.

Hay que verlo con qué garbo  
luce overoles azules  
y sombrerito de trapo;  
traza la ruta del río  
y yo en cuclillas la cavo;  
me ordena poner un puente,  
y con tablitas lo hago;  
y aquí un retoque, aquí otro  
la obra al fin terminamos.

Ingeniero...! Ingeniero...!  
eche el agua! y muy ufano  
se levanta el ala blanca  
del sombrerito de trapo.

En seguida corre el agua...  
y todo sucio de barro,  
mi pequeñín ingeniero  
me mira con desenfado;  
el triunfo brilla en sus ojos  
como en un Lesseps enano.

Y oh sorprendente prodigio!  
maravilloso milagro!  
El se siente que es un hombre;  
yo, que un niño de tres años.

No sólo los niños sueñan...  
los viejos también soñamos!

v í c t o r m a n u e l e l i z o n d o

nían enterados del momento literario de la Península.

El conocimiento y la crítica de esas corrientes literarias fue un poderoso incentivo para la renovación o revalorización de nuestra obra personal. El más decidido en esta actitud fue Rafael Estrada, quien se apasionó del "postumismo". En Sparti, números 8 y 9, correspondientes a noviembre y diciembre de 1923, se escribieron estas tres notas:

I) "Psalms" de DOMINGO MORENO JIMENEZ

Colina Sacra, República Dominicana. Bello tomo de bellos poemas, de bellos motivos; todo nuevo en la vida literaria de América. Moreno Jiménez, el portaestandarte de las nuevas ge-

neraciones dominicanas es también el portaestandarte de la nueva concepción artística que se inicia en nuestra América, con muchas esperanzas de triunfo, bajo el nombre de POSTUMISMO. En "Psalms" el poeta ha recopilado una preciosa selección de sus versos.

II) "FANTASEOS". De ANDRES AVELINO. Colina Sacra, República Dominicana.

AVELINO es una de las personalidades más interesantes del grupo de jóvenes que convive con Moreno Jiménez; (De ese grupo es al que más conocemos); sus Fantaseos, fluídos en versos redondos, continuos, sin enmascaradas, sin tropiezos, llanos e in-

quietantes, sencillos y hondos, dejan en el ánimo un mundo de sugerencias. Nuestro compañero Rafael Estrada ha hecho de este libro un estudio recientemente publicado en Repertorio Americano, según el cual ese libro es un compendio de las más profundas palpitaciones del espíritu de los tiempos presentes.

III) HUELLAS. De RAFAEL ESTRADA. San José. Costa Rica.

El primer libro de versos que se publica, no sólo en Costa Rica, sino en América, sobre la evolución del espíritu; algo interesante en verdad. El poeta, con base en sus estudios de psicología y teología, experimenta

a través de los años la sensación de su desenvolvimiento y la transcribe en sus versos; es una descripción, si así pudiera llamarsele, del espíritu, o, quizá mejor, una autobiografía del alma. Lejos de un conjunto de sensiblerías insulares, es un sereno estudio, muy por encima de los alcances de una mentalidad corriente. Por muchos motivos este libro llamará la atención de los hombres de América.

Estas tres notas de Sparti—tan reveladoras por su estilo y contenido—creemos que aclaran un momento interesante en la historia de la literatura nacional: uno de los caminos de la influencia del modernismo en nuestros escritores, principalmente en RAFAEL ESTRADA CARVAJAL.

# Brújula Quieta

HENOS AQUÍ ENCANTADOS con este otro libro de poesías de José Basileo Acuña, para nosotros el mejor que ha escrito.

*CANTIGAS DE RECREACION* es el título de esta obra. Como casi todo lo de Acuña, este libro tiene sentido esotérico, escrito con los ojos puestos hacia lo misterioso. Para entenderlo, el propio autor nos da una guía bibliográfica.

Pero sus versos son tan transparentes, tan buenos, tan cantarines, que, aunque uno no llegue bien al fondo de su sentido, se embriaga leyéndolos. Son, sin duda alguna, los mejores versos que ha escrito este hombre inquieto.

*Antes de la Recreación era un Abismo perfumado con sándalos de eternidad.*

Así comienza. A toda garganta. A toda alma. A toda luz. Y, desde su comienzo, tan bello, el poema se desliza, manteniendo su altura espiritual y su magnífica substancia lírica. Nos recuerda los coros de los clásicos griegos, a los que gana en hondura celeste.

Felicitemos a José Basileo Acuña por este sonoro triunfo de su musa. Y nos felicitamos nosotros, por la luminosa felicidad que nos ha dado su lectura.

—o—

San José, 19 de febrero de 1958

Señor Profesor  
don Luis Felipe González F.

Distinguido señor Profesor:

Movidos por el interés nacional que el homenaje a los próceres de nuestra democracia despierta en todos los costarricenses,

tenemos el honor de dirigirnos a Ud. para presentarle las siguientes iniciativas que a nuestro juicio enmarcarían bien entre las realizaciones del homenaje que se quiere rendir a las memorias de don Cleto González Víquez y de don Ricardo Jiménez O.

a) Editar dos pequeños libros o folletos, con selecciones de los escritos de don Ricardo y de don Cleto, respectivamente, escogidos con criterio de adaptación didáctica para lectura de educación cívica y dedicados a los alumnos de los sextos grados de nuestras escuelas primarias. Lo deseable sería que estas dos obritas fueran de distribución gratuita, o si no, que se vendieran al precio de costo, para que así circularan entre todos los escolares de Costa Rica. No se le escapa a Ud. que si deseamos que las nuevas generaciones conozcan las raíces de nuestra democracia, uno de los caminos consiste en que ellas puedan ponerse en contacto directo —mediante el libro— con el pensamiento original de esos dos fundadores de la Nación.

b) Ud. y sus compañeros del Comité podrían gestionar y obtener que el Colegio San Luis de Cartago, el Liceo de Heredia y la Escuela Normal Omar Dengo, dieran o instituyeran de modo permanente y desde este próximo curso escolar unas becas para estudiantes distinguidos que se llamarían respectivamente Beca Cleto González y Beca Ricardo Jiménez.

c) El digno Comité presidido por Ud. podría solicitar a los principales órganos de nuestra prensa que en los días del homenaje a los dos próceres, dedicaran siquiera una página con ilustraciones gráficas de ambos, como por ejemplo, fotografías de ellos en distintas épocas de sus vidas,

fotografías de sus progenitores, caricaturas de sus diversas campañas políticas, etc. etc.

d) Iniciar una colecta pública para erigirles un monumento nacional a don Ricardo Jiménez y a don Cleto González V., obras que podría ejecutar alguno de nuestros más notables escultores, como Francisco Zúñiga o Juan Rafael Chacón, o Juan Manuel Sánchez.

e) Organizar un concurso en-

tre literatos nacionales con el siguiente tema: Biografía de don Cleto y Biografía de don Ricardo, redactadas para los niños de Costa Rica.

f) Gestionar con la Unión Panamericana que para los días del homenaje nacional, desde su sede en Washington se hagan transmisiones radiofónicas acerca de don Cleto y don Ricardo, representantes en América de la civilidad y de la democracia.

g) Por medio de la prensa pedir a los costarricenses que tengan cartas inéditas de los próceres, que las envíen a ese Comité, el cual se compromete a hacer una selección de ellas para una próxima publicación.

Si algunas o todas estas iniciativas tuvieran acogida en ese Comité, por ello anticipamos nuestra gratitud.

Con toda consideración de Ud.  
S. S.,

p. directores y redactores

de BRECHA

Arturo Echeverría Loría



*Calidad Superior...*

desde hace muchos años le brinda a usted

**IMPERIAL**

LA MEJOR CERVEZA QUE SE FABRICA EN COSTA RICA!

EL PINTOR FRANCES GEORGES ROUAULT, cuyos cuadros de personas víctimas de tormentos espirituales le ganaron fama mundial, murió en su residencia de París a los 86 años de edad.

Rouault había estado padeciendo un mal renal desde hacía meses. Su estado empeoró y recibió los últimos sacramentos de la Iglesia Católica. Su esposa, hijo y tres hijas estaban a su cabecera cuando murió.

Considerado como un gigante de la pintura del Siglo XX, las obras más conocidas fueron rostros místicos y torturados con círculos negros de fondo y pintados con trazos gruesos.

En su juventud, Rouault fue aprendiz de un artesano que restauraba vitrales emplomados. Todo el trabajo subsecuente de Rouault en color y en forma mostró la influencia de aquel aprendizaje.

Probablemente su cuadro más famoso es el de la cabeza de Cristo en el Tormento.

Rouault era un perfeccionista. En 1948 puso pleito a un número de negociantes en objetos de arte que habían tratado de vender por grandes sumas 315 pinturas de Rouault que el artista consideraba como "incompletas". Rouault ganó el caso.

LA EDITORIAL UNIVERSITARIA HA PUBLICADO UN LIBRO DE ABELARDO BONILLA: HISTORIA Y ANTOLOGIA DE LA LITERATURA COSTARRICENSE. Es un libro en que se metodifica la historia de la cultura costarricense.

Escrito en un estilo claro, directo, y en el que se refleja la opinión personal del autor, con todas sus luces y sus sombras, significa un gran paso en nuestro medio literario en el que lo único que teníamos para recordar nuestra herencia cultural era el estudio del poeta Rogelio Sotela.

Es un libro muy discutido. Y tendrá que serlo. Asimismo, lo consideramos no un libro acabado, sino solamente, la ruta abierta hacia cosas más fundamentales, es decir, más hondamente tratadas, más duramente dichas, más seleccionadas.

Bonilla tiene una prosa ágil y una mente despierta y analítica, pero, en este libro todavía se nota cierta timidez crítica y cierta

falta de fuerza en los juicios, no obstante, la consideramos de primera magnitud en nuestro medio exiguo y tímido.

Abelardo Bonilla está haciendo un gran bien a nuestra literatura con esta publicación y con la que anuncia que será la segunda parte del libro, la antológica. Tal vez para esta segunda parte, es necesario que Bonilla obtenga la colaboración íntegra de los escritores, que le envíen sus trabajos para que él pueda hacer una buena selección, y que no se nieguen a hacerlo, que no lloren después sobre los platos rotos o se quejen de no estar bien representados.

Historia y Antología de la Literatura Costarricense de la cual reproducimos el capítulo sobre GARCIA MONGE, en el número es un libro para estudiosos, una obra de valioso aporte literario en nuestro medio.

Sabía usted que el representante en Centro América de la famosa revista de literatura editada en París FRANCE AMERIQUE, es Alfredo Vincenzi? En el último número de este importante órgano de cultura viene un magnífico artículo de nuestro compatriota titulado: La influencia maya y la tradición indígena en Centro América". Felicitamos al escritor Alfredo Vincenzi.

En breve aparecerá en la colección "Oro y Barro" el tomo de poesías de Isaac Felipe Azofeifa "Vigilias y Soledades", libro número cinco de la colección Recoge dicho libro la labor poética del Sr. Azofeifa realizada en el transcurso de varios años, y supone para el mundo de la producción poética costarricense uno de sus aportes más conseguidos. Sobre él, a su debida oportunidad publicaremos nuestra impresión crítica.

Se encuentra en prensa el libro de poesías de Carlos Rafael Duverrán, ANGEL SALVAJE, que edita la colección Oro y Barro. Libro de gran extensión y sostenida calidad que vendrá a confirmar la excelente impresión que el joven poeta ha despertado con sus publicaciones sueltas en diversos diarios y revistas. Prometemos también publicar en nuestras páginas un

comentario crítico sobre este nuevo libro, del que tenemos adelantadas excelentes impresiones.

La colección Oro y Barro tiene en preparación:

VECINDADES, poemas en prosa de Olga Kochen.

POESIAS, de Adilio Gutiérrez.

DIBUJOS, de Dinorah Bolandi.

TRES CUENTOS, de Fabián Dobles.

A título de rumor, que no nos ha sido posible confirmar se dice en los círculos literarios que Carlos Rafael Duverrán, que mencionamos más arriba en otra nota, hará aparecer antes de ANGEL SALVAJE, otro libro de poesías titulado LUJOSA LEJANIA. Desconocemos a cargo de quién corre la edición del libro.

LA PRENSA BRITANICA HA PUBLICADO EL SINCEIRO Y UNANIME HOMENAJE de los críticos de arte a Diego Rivera, el destacado pintor mexicano cuya muerte fue anunciada el día 25 de noviembre.

Terence Mullaly del "Daily Telegraph", dice: "El fallecimiento de Diego Rivera pone punto final a una de las más tormentosas carreras del arte moderno. Las opiniones sobre los méritos de su obra difieren bastante; sin embargo, no puede negarse el grado intenso de su influencia. Rivera tuvo parte destacada en el establecimiento de una magnífica reputación internacional para la pintura mexicana. En ese país fue uno de los precursores de un movimiento que está hoy pleno de vida, que en toda América y hasta en Europa cuenta con entusiastas prosélitos. Se inspiró en el arte precolombino de México y, especialmente, en el azteca y el maya. No sólo las formas abultadas y de grandes proporciones de estos estilos hallaron eco en su obra, sino también el elemento de horror que siempre impera en ellas. Rivera, sobre todo, será recordado por sus frescos y pinturas monumentales. Son, a la vez, dominantes y aterradoras. Su concepción, con gigantescas formas que emanan de los días pre-colombinos de México, fue siempre ejecutada de manera vigorosa, plena de fuerza. Mediante sus obras, Rivera ayudó a reafirmar el prestigio de la pintura decorativa en gran escala".

En el "Manchester Guardian", Stephen Bone, crítico de arte, habla extensamente sobre la vida de Rivera. Entre otras cosas dice: "Después de un viaje que hizo a Italia en 1920, y de haber estudiado la pintura bizantina y el arte de los campesinos, Rivera comenzó a desarrollar un estilo propio que lo convirtió en uno de los más famosos pintores del mundo. En 1921 regresó a México y casi de inmediato comenzó una obra grande.

La Escuela Nacional preparatoria que fue la primera de una sorprendente serie de pinturas murales que llevó a cabo en México y los Estados Unidos. Para quien no haya visitado México resulta imposible poder expresar una opinión categórica sobre esas monumentales pinturas. En reducidas proporciones, y al óleo, la pintura de Rivera es tan anónima que resulta en una especie de superficie opaca, que nunca se manifestó cuando empleó el medio monumental de la pintura al fresco. Su gran ambición era la de poder hablar directamente al pueblo en un lenguaje que hasta el más sencillo de los indios pudiera entender; parece que logró su ambición con éxito. Su obra fue muy imitada en México y en los Estados Unidos. En la Unión Soviética se apreció con frialdad. En Europa la conocemos mediante fotografías murales de Inglaterra y Francia. Por otra parte, la mera existencia de tantos y tan varios frescos de Rivera y de otros artistas mexicanos, como Orozco y Siqueiros, debe haber instigado la emulación en muchos pintores europeos; ciertamente, muchos de ellos fueron a México, hasta el propio estudio de Rivera para aprender la técnica del fresco de quien probablemente, era el más destacado practicante del mundo.

CARDONA PEÑA está preparando un interesante libro sobre DIEGO RIVERA, (El Mounstruo en su Laberinto) que son los cincuenta y dos reportajes sobre la obra, la vida, realidades e imaginación del Pintor recientemente fallecido que aparecieron en el suplemento literario de El Nacional de México. El libro lo distribuirá la editorial NOVÓ MEX.

DEL VIENTO Y DE LA NUBE, el pequeño libro de poe-

mas que publicó hace algún tiempo SALVADOR JIMENEZ CANOSSA, ha sido, con el mismo título, traducido al francés por la Editorial Hachette. El traductor es Henri Perrin. Muy pronto estará este poemario en venta en las librerías de San José. Felicitamos al autor.

“BRECHA” tiene una primicia para sus lectores. La primera obra poética en su estilo muy personal de “las concherías” de nuestro eximio Aquileo. Es esta una comedia en verso, escrita por el poeta para ser representada en una velada familiar en casa de la madre de su esposa, la señora Flores, y recogida oralmente por una distinguida dama de esa familia, quien la copió para “Brecha”: ésta será publicada muy pronto, tan pronto como termine de revisarla el poeta Arturo Agüero Chaves, en su aspecto filológico.

MAGISTRALMENTE REPRESENTADA con la Orquesta Sinfónica, obtuvo un brillante éxito la OPERA MARIANELA del compositor Benjamín Gutiérrez en el Teatro Nacional. Tanto la Orquesta como los cantantes posesionados de la obra dirigidos hábilmente por Mariani y el mismo autor, dieron un espectáculo nunca visto en Costa Rica.

Con el propósito que nadie se quede sin admirar esta bella obra del teatro costarricense, se dispuso repetirla a precios de cine.

La Orquesta Sinfónica y destacadas autoridades musicales trabajarán empeñosamente por conseguir una beca al compositor Gutiérrez para perfeccionar sus conocimientos, ya que estiman al genial joven un futuro valor del arte que dará nombre y prestigio a su patria.

ARNOLDO HERRERA, el infatigable músico, e inteligente compositor, se está metiendo de nuevo en enredos de pentagrama... y prepara para muy pronto un Ballet sobre el tema negro de nuestra Zona bananera del Atlántico. El libreto es muy posible que sea del amigo Alfredo Sancho, que también está atareado documentándose sobre el tema.

ES MUY POSIBLE que por la cooperación de varios amigos, se llegue a editar la obra lírica dejada por el poeta Ricardo Se-

gura, a quien Brecha hará un homenaje en un próximo número. Segura Méndez, Ricardo, prematuramente fallecido hace algunos años, es dentro de nuestra poesía, uno de los mejores y con más vena lírica entre todos los nuevos cultivadores de la poesía. Bien merecido tiene Ricardo Segura este homenaje y, las letras costarricenses ganarán en valor por la presencia de este gran poeta fallecido.

—oOo—

NUMEROSISIMAS AUTORIDADES ACADEMICAS francesas, artistas e intelectuales asistieron al recibo ofrecido por el embajador mexicano Jaime Torres Bodet en honor del pintor Rufino Tamayo.

El artista azteca fue designado para participar en la decoración interior del nuevo edificio de la UNESCO en París.

“El tema de la pintura mural que realizaré— declaró Tamayo a Associated Press— “presencia de la cultura indohispánica”.

“Responde a mi convencimiento de que, en una construcción que albergará a la institución universal de estudio y fomento de la cultura debe quedar constancia permanente de esa “presencia”.

Añadió que, en síntesis, la idea será resueltas con una figura central, femenina, hecha de dos fi-

# Vinos

de

## FRUTAS NACIONALES

- Vino de Marañón
- Vino de Naranja
- Vino de Mora

Calidad Finísima  
a Precio Moderado

### FABRICA NACIONAL de LICORES

guras yuxtapuestas: una blanca (cultura Occidental, la serpiente emplumada (cultura india)).

“Utilizaré también —dijo— los símbolos esenciales: La Cruz Tamayo espera comenzar su obra a principios de primavera.



# MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

## Maquinaria para la agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington".

Equipo de Refrigeración.

Soldadoras Eléctricas y Autógenas "Marquette".

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal".

Surtido de Repuestos.

Taller de Servicio.

Consulte nuestros planes de Financiación.

## EDIFICIO INTERNATIONAL

50 varas Norte Hotel Europa.

Teléfonos: 5830 - 5831

Apartado: Letra "A".

# Venta de LANGOSTA

EL CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION

## La Venta de Colas de LANGOSTA

EN SUS ESTANCOS:

Expendio No. 1,  
Plaza Viquez,  
Mercadito San Cayetano  
Gato Negro,

Harinera,  
Barrio Cuba,  
Cinco Esquinas,  
Santa Cruz,  
Alajuelita,

Barrio Luján,  
San Ramón  
Guardia Civil,  
50 varas al Oeste de la  
Casa Presidencial  
y Desamparados.

PRECIOS: Al por menor \$ 4.00 libra en los Estancos.

Al por mayor \$ 3.60 las 100 lbs., en el edificio central del Consejo  
EMPACADAS EN HIGIENICAS BOLSAS DE POLIETILENO